

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, MAYO 15 DE 1898.

NUMERO 40.



S. M. la Reina Regente de España

Y SU AUGUSTO HIJO DON ALFONSO XIII

Fotografía de Valentín Gómez.—Madrid.

DE «LA ILUSTRACION» DE PARIS

LA SEMANA.

SUMARIO—Cambio de tiempo.—Lluvias y truenos.—Lo que gana la salubridad.—Las últimas víctimas.—Morir joven.—Los que se van.—Cordial despedida.—El trapecio y la barca de Caronte.—Una desgracia en Orrin.—La esclavitud moderna.

Viviamos en el Senegal y en unos cuantos dias hemos pasado á Londres. Al calor sofocante, á la atmósfera reseca y polvorosa, á los importunos é indiscretos ventarrones de la semana anterior, han sucedido las nieblas de Holanda, las lluvias del Támesis, interrumpidas, para variar, con granizadas y tempestades tropicales. Negar que *per troppo variare Natura e bella* es incurrir en un desatino y desconocer todo lo que de pintoresco tiene esa sucesión, en unos cuantos días, de todas las estaciones del año: es cerrar los ojos á la evidencia. Pero á la vez puede exclamarse parodiando al poeta: Lástima grande que sea tan importuna esa belleza. Tener que preguntar por la mañana, como el Ollendorf, ¿Qué tiempo hace? es fatigoso para gentes que están habituadas á que siempre haga buen tiempo. Y no contraria menos salir de paletot, bufanda, paraguas y zapatos de hule en la hipótesis de que llueve y hace frío, para momentos después, no saber que hacer de tanto trebejo. En México, en estos dias, no hay que creer en el tiempo que hace, porque cinco minutos después ya hace otro diferente. El que sale en la mañana de pantalón claro, saco de alpaca y sombrero de paja, suele tiritar á medio día y circular aterido, con el exiguo chaquetín abrochado hasta el cuello, las manos en los bolsillos y los sabañones en peporia. Pero ¡ay de aquel que vuelve á casa y se abriga! no tarda en derretirse vivo, á los dos fuegos combinados del sol y del asfalto.

Los ingleses tienen una máxima que les basta para ponerse á cubierto de las inclemencias del tiempo: *Si hace buen tiempo, no olvides el paraguas; si llueve, haz lo que te parezca*. Pero es que en Inglaterra la única acechancia que hay que temer es la de la lluvia; los demás componentes de la climatología local, son permanentes: niebla, lodo y frío. Nosotros para precaver todas las eventualidades, necesitaríamos, como los trenes de pasajeros, adscribirnos un carro de equipajes, ó por lo menos llevar á cuestas una mochila en la que figuraran el paletot, un abanico, un salvavidas, un alpenstock, un juego de paraguas y quitasoles, un velo verde de quitar y poner para el sombrero y contra el polvo, algunos kilogramos de lastre contra los ventarrones, un traje de estío, otro de invierno y otro de entretiempo, un panamá, un fieltro y una gorra de pelo, zapatos de hule, alpargatas y botas fuertes, una botella de cognac y otra de limonada, hielo machacado y una estufa de gasolina... y aún así no estaríamos á salvo de catarros é insolaciones, de tabardillos y reumatismos.

Y al menos si todo esto fuera simplemente molesto, sería tolerable; pero media hora de conversación en el Registro Civil y una visita de cortesía al Administrador del Panteón de Dolores, prueban no solo lo importuno sino lo peligroso de esa danza macabra de las cuatro estaciones y de ese girar vertiginoso de la rosa de los vientos.

* *

Una procesión interminable de carrozas conduce á su última morada á las numerosas víctimas de la inclemencia. La muerte siega sin tregua y sin piedad, lo mismo el tierno botón primaveral, que la flor ya abierta, y lo mismo desprende el fruto maduro que desarraiga el añoso tronco. Niñez y esperanza, juventud é ilusiones, madurez y triunfos, vejez y desengaños, todo lo aniquila y todo lo destruye; y nada más triste que esos cofrecitos minúsculos que las madres van á sepultar, como se entierra un tesoro que ya no ha de disfrutarse.

Y cuando asistimos á esos siniestros y lúgubres cortejos de esposas doloridas, de huérfanos abandonados, de madres inconsolables, tras de un ataúd, nos causa calosfríos considerar que tanta ruina, tanto dolor, desgracia tanta, sean el fruto de las conjunciones de los astros, y que la dicha humana esté á merced del paso de un planeta por el meridiano ó de la aparición de una nueva mancha en el disco del sol.

* *

No solo nos abandonan los que mueren; otras golondrinas tienden también el vuelo, y dejan estas regiones, inclementes para el arte y para la gloria, en busca de nidos más tibios en donde incubar sus ensueños y en donde hacer brotar á la vida estética nuevas creaciones de su espíritu. El estro poético, como la inspiración artística, son flores raras, exquisitas, cuya eclosión exige medio luminoso y ardiente, oxígeno estimulador, vida intensa y agitación tumultuosa alrededor; orquídeas espléndidas, solo abren sus vistosas corolas al arrimo de añosas y corpulentas civilizaciones. El silencio, el quietismo, la media luz, las matan en germen y les impiden colorear sus pétalos y llenar sus nectarios.

Un artista y un poeta que sienten germinar en sus espíritus creaciones estupendas; llena de li neamientos armoniosos la pupila del uno, atestado de rimas sonoras y de estrofas suntuosas el espíritu del otro, van á buscar en el seno de una civilización superior y refinada el terreno adecuado á la florecencia de su talento, van en pos de moldes nuevos y más amplios en que vaciar la lava ardiente de su inspiración, van á la vieja Europa á admirar para mejor crear, á estudiar para mejor concebir, á vivir para mejor soñar, y se prometen y nos prometen, á su vuelta, el uno, una estatua, el otro, un poema, dignos de ellos y que podrán inmortalizarlos.

Con cuánta envidia nos hemos despedido de Contreras y de Urueta, en banquete fraternal, noches pasadas! Cómo hubiéramos querido seguirlos á esos países maravillosos en que florece el arte, entona himnos la poesía, prospera la industria é impera la ciencia! Todos los comensales formulábamos el mismo voto ferviente, expresábamos el mismo anhelo, bosquejábamos la misma aspiración: la de verlos volver, unguados en el Gran Templo, admitidos al Gran Cenáculo, y coronados de los lauros del triunfo y del encino de la victoria, trayéndonos como fruto de sus fatigas el uno, bosquejado al menos, un espléndido monumento á la civilización, el otro un himno inmortal á la humanidad.

Dichosos los que parten! Hay algo más grande que admirar el Oceano, la cordillera, el volcán humeante, el abismo insondable, el desierto sin límites, el valle umbroso, y eso más grande y más grato, es contemplar á la Humanidad triunfante por la Ciencia, por la Industria y por la Libertad, y extasiarse en las exelsitudes de la Civilización.

Ese gran espectáculo quisiéramos contemplar acompañando al poeta que puede cantarlo y al artista que sabrá simbolizarlo. *Farewell!*

* *

Siempre nos han producido la más desagradable impresión esos ejercicios de audacia, esos paseos y cabriolas sobre el abismo, ese diletantismo del peligro en que se complace habitualmente el público de los Circos. Blondin atravesando el Niágara, los hermanos Alemán haciendo trapecio en las altas regiones á bordo de un globo aereostático, el artista semi-salvaje que se hacía despedir como un proyectil por medio de una colosal catapulta, han sido siempre espectáculos desagradables, que erizan los cabellos de horror, abren en el estómago un hueco insondable y que propia, genuinamente no son placeres ni goces sino instantes de angustia y de trasudor. Pero de desagradables pasan á repugnantes, cuando no es el hombre sino la mujer y el niño quienes los ejecutan.

La misión de lucha y de brega que al hombre ha tocado en suerte en la vida, hace explicables y tolerables su amor al peligro, su indiferencia á la muerte; desde el momento que se le exige que sea soldado ó marino, ya no hay razón plausible para impedirle que sea cirquero, equilibrista, pugilista ú hombre cañón. Admitido que está condenado al combate y siempre expuesto á la muerte violenta, lo mismo da que luche en el circo con la fiera, que en el campo con el enemigo, ó que se mida á brazo partido con la gravitación universal.

Pero el niño! pero la mujer! Ante los pasos del niño deben regarse pétalos de rosa para que no sienta las asperezas del camino; los brazos de la madre deben sostenerlo para evitarle tropiezos y caídas, el pecho del padre debe ser coraza protectora de su debilidad; á la mujer deben ofrecer-

se tapices de Persia, y cojines de pluma donde reposen sus formas mórbidas y armoniosas; debe el velo defenderla contra la intemperie, el vestido abrirla amorosamente y protegerla contra el eierzo, el abanico prodigarle brisas y el quitasol envolverla en sombra; no debé, dicen los persas maltratarse á la mujer ni con un ramillete de flores; y á estos seres todos debilidad, delicadeza, tersura; hechos de seda y de nácar, nacidos para vivir agenos al peligro, alejados del riesgo, defendidos y protegidos por la fortaleza y la rudeza del hombre, se les disloca para dar elasticidad á sus articulaciones, se les deforma para procurar vigor á sus músculos, y lejos de apartarlos del peligro y de precaverlos del daño y de la muerte, se les hace salvar abismos sobre frágiles alambres, oscilar en trapecios, montar en caballos indómitos, y se les obliga á arriesgar la vida so pretexto de ganarla honradamente.

Cuando veo aparecer en la arena á toda la familia, al padre, un Hercules, á la madre, una Juno, á las hijas, las Gracias y á los niños, querubines; cuando los miro luchar, saltar, dar saltos mortales, oscilar sobre el abismo bajo la sonrisa complaciente del padre, la mirada plácida y resignada de la madre y el aplauso entusiasta del público; cuando comprendo que ese trabajo, en general, no es voluntario, que solo á fuerza la mujer y los niños se exponen á perder la vida; cuando me represento los sufrimientos de los niños durante el aprendizaje, sus frecuentes caídas y lastimaduras, su terror y sus lágrimas, experimento una dolorosa impresión y acabo por reconocer que no estan abolidas todas las esclavitudes, que aun hay inocentes condenados á trabajos forzados, que el derecho feudal y real de vidas y haciendas no ha sido caducado enteramente, y que acaso las leyes y las autoridades no protegen lo bastante al débil y que bajo el manto protector de la patria potestad, se ocultan muchos abusos, muchas tiranías y muchas injustas servidumbres.

Tales han sido mis reflexiones al saber la caída y la grave lesión que sufrió noches pasadas una estimable artista del circo Orrin, caída y lesión que acaso signifiquen para ella la deformidad, la invalidez y la miseria. Y tanto es más sensible un accidente de esta naturaleza, cuanto está probado que las artistas de circo, á diferencia de las de baile y arte dramático, son mujeres virtuosas, en general, que no piden á la galantería placeres, triunfos ni recursos, que son esposas fieles damas honestas, y madres cariñosas y que hay una repugnante injusticia en que sea la virtud quien corra más peligros, y sea el vicio quien esté más á cubierto de ellos.

Si la civilización fuera consecuente consigo misma; si no se viera muy á menudo que á cada refinamiento de cultura corresponde como un contrapeso, un regreso á la barbarie, si no existieran á la vez las corridas de toros y las sociedades protectoras de animales, si no coexistieran las libres insituciones con la esclavitud de la mujer y si el hombre no supiera cohonestar el ágio desmedido con la limosnas, y la explotación del proletario con la filantropía de su patrón; si no se hiciera en ocasiones la guerra para asegurar la paz y si las naciones pacíficas no se armaran hasta los dientes; si no se comprobaba tanta paradoja, tanto contrasentido en la conducta humana, sería inexplicable que la sociedad, que ha emancipado á los negros, tolere aún el estado de esclavitud de tantas mujeres y de tantos niños; y que abolida la Inquisición, todavía subsista para ellos la tortura obligatoria y gratuita.

Será esta una incongruencia permanente é irremediable? Deseamos que no y ojalá surja una nueva Miss Beecher Stowe que lance el grito de redención en favor de las mujeres y de los niños que aun viven en estado de esclavitud en las arenas de los circos.

LOPEZ I

EL CULPABLE

Este es el título de una de las más bellas producciones del popular y elegante novelista francés François Copeé, cuya obra distribuye EL MUNDO ILUSTRADO entre sus suscritores, junta con el número correspondiente al día de hoy.

Política General.

DAMAS MEXICANAS

RESUMEN.—LOS DISTURBIOS DE ITALIA.—EL HAMBRE Y LA MISERIA.—LOS QUE LLORAN Y LOS QUE SUFREN.—LA MONARQUÍA DE SABOYA.—TRIUNFO DE LALEY.—LA REPÚBLICA ARGENTINA Y CHILE.—CUESTIÓN DE LÍMITES.—LA MANIA DEL KILÓMETRO CUADRADO.—TEMORES DE GUERRA.—CONFIANZA EN LO PORVENIR.—LA GUERRA ENTRE ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—LA BATALLA DE MANILA.—EL PORVENIR DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO.—TEMORES Y RECELOS.—LA INTERVENCIÓN DE ALEMANIA.—ACTITUD DE LAS POTENCIAS.—LOS MOTINES EN ESPAÑA.—EL PATRIOTISMO DEL PUEBLO ESPAÑOL.—EL PRESENTE SOMBRIO.—FORMIDABLE CHOQUE.—LA TORMENTA SE APROXIMA.—CONCLUSIÓN.

Siempre la miseria, levantando su sombra fatídica y batiendo sus alas de luto, ha de ocasionar trastornos á los pueblos, revoluciones á los gobiernos, sacudimientos á las instituciones y ha de traer, por modos variados, lágrimas amargas á sus tristes víctimas.

Ayer el hambre y la peste asolando las fértiles regiones del Indostán, provocaba á vuelta de algunas complicaciones con los pueblos vecinos, el terrible levantamiento de los hindus primero y de los afridas después, que han costado buenos sacrificios á la Gran Bretaña, para sofocar las manifestaciones violentas y agresivas de las hordas fanáticas en las orillas del Ganges y de las tribus guerreras y de las huestes belicosas en los desfiladeros del Afganistan. Hoy la carestía del pan, la falta de granos, la pérdida de las cosechas, la pobreza general en las comarcas menos opulentas del reino de Italia, han provocado motines y levantamientos en Nápoles, en Milán, en Liorna, en la misma imperial Roma, que han necesitado la proclamación de la ley marcial y la declaración del estado de sitio para acudir con la fuerza pública á someter á los amotinados.

*
**

En algunas partes el motín no ha tenido ningunas consecuencias, ha tomado simplemente la forma agresiva del hambre; el grito desgarrador del necesitado se ha encarnado en el proletario de la calle, y ha puesto en sus manos la piedra y el palo para agredir á la autoridad en quien mira, dadas sus concepciones embrionarias de los hechos y de los fenómenos sociales, en quien mira la causa primordial de los males y de los bienes, ya sea que caigan en lluvia fecundante sobre las multitudes, ó que descendan como una plaga sobre los que sufren y los que lloran.

Pero en otros puntos, la rebelión parece formidable; la policía busca cuidadosa y encuentra en ciertas ocasiones documentos comprometedores que anuncian que el motín no es una manifestación aislada del dolor; que á los sufrimientos populares se asocian torpes ambiciones políticas y pérfidas maquinaciones contra la constitución del reino; se vislumbra entre las sombras el chispazo de la explosión republicana, y se comprende la obra de los demagogos sembrando el descontento, aconsejando la rebelión, aprovechándose del dolor público, para buscar por cualquier medio el modo de dar un golpe á la monarquía.

*
**

Pero la monarquía está muy firme. Pudieron sus aventuras coloniales y sus desastres en Eritrea concitarle aflicción y descontento en las masas del pueblo, que veían con pena á las huestes italianas destrozadas por las hordas del fiero Menelik, contemplaban con tristeza los desaciertos de Baratieri, que hicieron olvidar, borraron para siempre de la memoria del pueblo, los triunfos de Menabrea. Hoy puede resistir con mayor fuerza la tormenta que se desata; tiene en su mano elementos suficientes para conseguir una espera, para imponer su voluntad omnívota de una manera temporal, en tanto llega de los mercados lejanos y de las plazas extranjeras el grano necesario que entrará libre de derechos por todos los puertos italianos, para saciar la hambre impaciente de las masas.



Srta. Guadalupe Machaen

DE GUADALAJARA

Fot. Lupercio.

La revolucion socialista, que otras veces se ha erguido amenazadora, ha podido ser domeñada en Sicilia, donde se alzaba omnipotente; se han aislado las otras provincias para evitar el contagio, se han puesto los cordones sanitarios de la fuerza armada para sofocar la general conflagración, y así ha podido el aliado de Guillermo II, el sostenedor de la Triple Alianza, en el Sur, seguir sereno y victorioso en su marcha de unificar la Italia, en su tarea de constituir aquella agregación heterogénea de reñecos y de pueblos, en una potencia vigorosa y fuerte, digna de figurar en el concierto de las naciones europeas, que deciden con su voto y definen con su voz la suerte de los pueblos.

Difícil será la brega, pero por difícil que parezca, consideramos todavía al poder constituido, con los elementos suficientes, y con la fuerza bastante para dominar la situación.

*
**

Tiempo ha que en las dos grandes repúblicas que con el Brasil comparten el principal dominio en la América Meridional, han surgido diferencias por cuestión de fronteras y dificultades que pacíficamente se han podido transferir, sin encontrar todavía completa solución. Hace tiempo que Chile y la Argentina, con el pretexto de sus terrenos limítrofes, pero en realidad sintiendo impulsos secretos de predominio, deseos de encabezar una especie de hegemonía y ejercer algo como una tutela sobre las otras pequeñas entidades soberanas de la América latina meridional, se buscan y se acosan en silencio, se desafían entre las sombras y tratan por diversos modos de hacer palpables sus hondas rivalidades.

El Chile, nación eminentemente marítima cuya larga extensión de costas la constituye en emporio mercantil, no puede preocuparse por un kilómetro cuadrado de más ó de menos en las abruptas gargantas de los Andes, que forman su límite natural en el interior del continente. Para la República Argentina, vasto país bañado por caudalosos ríos, dueño de grandes extensiones en las feraces Pampas, capaz de mantener con los productos de su suelo una población diez veces más numerosa que la que ahora puebla las márgenes del Paraná y del Paraguay, no puede ser motivo de rencilla ni ocasión de contienda armada el poseer un palmo más de territorio. Y sin embargo, la cuestión de límites está otra vez sobre el tapete, otra vez se agitan los gobiernos de Santiago y Buenos Aires, y aun parece que se lanzan—si hemos de dar crédito á nuestras informaciones cablegráficas—abiertas provocaciones para definir por la violencia, lo que no ha podido resolverse por la justicia.

*
**

Como en las dificultades anteriores, como en las rencillas de los pasados años, estamos seguros de que esta vez el buen sentido de los pueblos, el juicio sereno de los gobiernos, han de prevalecer sobre la pasión; han de acallar esas manifestaciones morbosas de mal entendido patriotismo, y buscar en los amplios recursos de la diplomacia los medios adecuados para resolver el conflicto.

¡Qué triste espectáculo sería para la libre América, ver á dos naciones queridas, ver á dos pueblos hermanos, que caminan á la cabeza de la civilización latina en la América meridional, verlos envueltos entre las sombras del odio y los cárdenos relámpagos de la guerra y las atronadoras explosiones del exterminio, sin un motivo fundado, sin una causa racional, que explicara siquiera, ya que no podía justificar, la contienda á mano armada! ¡Qué mal juicio se formarían las naciones del Viejo Mundo de nuestra inquieta raza! ¡Cómo se burlarían de nuestras instituciones democráticas, de nuestras hermosas repúblicas, si vieran que por motivos tan fútiles, dos naciones comprometían su bienestar presente y su porvenir seguro!

No! Las repúblicas latino americanas no pueden dar al mundo civilizado espectáculos de conflictos internacionales, sino cuando se hallen comprometidos el honor y la dignidad de los pueblos.

*
**

Los que vimos con íntimo dolor que dos pueblos, grandes por su historia y nobles por su tradición, se vieron comprometidos en una guerra cruel; los que acariciábamos la hermosa esperanza de que la insurrección de Cuba no habría de ser motivo y ocasión de un conflicto armado, entre España que desea retener su colonia y quiere conservar su autoridad secular sobre la revuelta Isla, y Estados Unidos que por modos directos é indirectos busca la redención de un pueblo, no podemos menos de sentir honda tristeza al ver que la contienda toma los perfiles de un conflicto á muerte, y que cada episodio de la guerra, cada vida tronchada, cada gota de sangre derramada, vierte con la amargura y el dolor el rencor y el odio en el corazón de los beligerantes.

*
**

La batalla de Manila, en la que quedó destruída, según el parte oficial del comodoro Dewey, la escuadra española, arrasadas las fortificaciones de Cavite y la expedición americana dueña de la bahía, ha dado ocasión no solo á los recelos de las potencias europeas de que hablábamos en nuestra crónica anterior, sino también á explosiones de bárbara crueldad, que han producido en los alrededores de Manila terribles matanzas de mujeres y de niños, en que los insurrectos tagalos han esgrimido el traidor puñal, para vengar ofensas pasadas en seres indefensos.

No trataremos de discutir si la situación de Dewey en el arsenal del Cavite es firme y sólida, suficientemente para poder esperar los refuerzos de armas, municiones y soldados, que han de enviarse de las costas americanas. Tampoco trataremos de definir si la resistencia que opone en

DAMAS MEXICANAS

la actualidad el Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas á la invasión americana, es bastante para rechazar la agresión y resarcirse en combates por tierra, de la pérdida de la escuadra española. El desarrollo de los acontecimientos nos dará á conocer la firmeza y vigor de cada uno de los beligerantes en aquellas apartadas regiones, y la parte que han de tomar indudablemente, en no lejano día los inquietos elementos de la insurrección, rebeldes, impacientes, indomables, que no se sujetan ni al dominio español ni á las órdenes del Almirante americano.

**

Pero si está todavía lejos de considerarse como conquistada para las armas americanas, la tierra descubierta por Magallanes y sujeta á la corona de España por Legazpi, ya es bastante lo hecho para que se perfilen con claridad las ocultas ambiciones de las potencias europeas, y sus deseos de tomar parte en lo que ya consideran una victoria de los Estados Unidos. La prensa alemana en más de una ocasión ha declarado que el gobierno del emperador Guillermo se reserva el derecho de tomar parte en el porvenir del Archipiélago, cualquiera que sea la suerte de los Estados Unidos en los mares asiáticos. Ha insinuado una y otra vez que no sin protestas por parte de Alemania, que acaba de asentar su poderosa planta en Kiao Chao y de tomar un punto de apoyo para extender su influencia en el Extremo Oriente, consentirá en que una potencia extraña intervenga en esa complicada cuestión y agregue su influjo en los mares asiáticos, donde él no reconoce ni superiores ni entrometidos en el embrollo oriental.

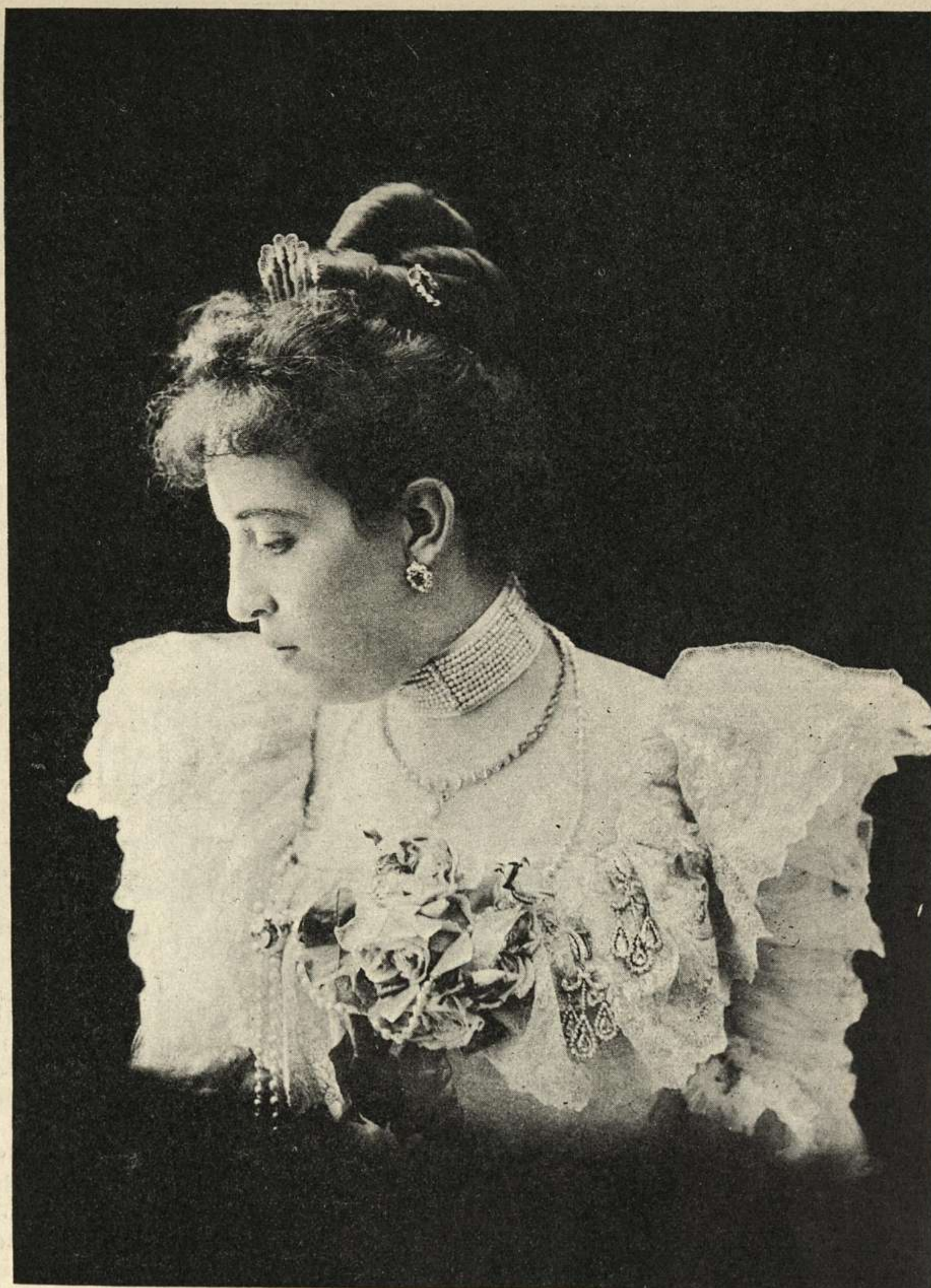
Lástima que el órgano semi-oficial del Gabinete de Berlín haya desautorizado las declaraciones de la prensa oficiosa, y dado á conocer la prudencia del Emperador, para no intervenir por ahora en el conflicto hispano-americano, sino esperar el fin de los acontecimientos con estricta neutralidad.

**

Y así las demás potencias: ni Francia por católica, ni Inglaterra por protestante, ni Rusia por griega ortodoxa, ninguna da muestras de intervención activa; y hoy que existe la guerra en toda su plenitud, lo mismo que antes que aparecía en forma de amenaza aterradora, se limitan á dar muestras de su simpatía y su devota adhesión á la monarquía española, sin dar trazas de tomar parte en pró ó en contra de alguno de los beligerantes. Solo Austria, ligada con los vínculos de familia con la monarquía reinante de España, toma empeño y aún se anuncia que trabaja secretamente en favor de los intereses ibéricos. Se habla de que anda en negociaciones para allegar á la escuadra española algunos acorazados de Grecia, que serían muy útiles y de grande importancia en la presente crisis.

Hasta alguno, que se cree bien informado en los secretos más recónditos de los gabinetes, ha hablado de un apoyo material más decidido: del envío de tropas austriacas á territorio español, para proteger personalmente á la Reina Regente y á su augusto hijo. Es mucho avanzar, es adelantar demasiado afirmar semejante intervención. Si es cierto que han estallado motines y aonadas en algunos puntos de la Península y que el gobierno se ha visto obligado á proclamar la ley marcial y declarar el estado de sitio en algunas provincias, esas manifestaciones tienen hasta ahora el carácter de lamentos dolorosos de las localidades, y hasta hoy no se ve que vayan empujadas por ambiciones antidinásticas.

Los republicanos carecen de organización, se hallan faltos de elementos para asaltar el poder; los carlistas, que pudieran tener á mano elementos sediciosos, que en otras ocasiones han ensangrentado el suelo de España y hundido el país en los horrores de la guerra civil, no dan hasta ahora señales de vida activa, y contra esos ele-



Sra. Sofia Osio de Landa.

DE MÉXICO

Fotografía de Valletto

mentos de disturbio, contra esas masas disolventes, caso de que llegaran á conglomerarse enarbolando la bandera roja de la República ó el aborrecido estandarte de D. Carlos, contra esas masas se erguiría enhiesto el patriotismo del pueblo español, más que nunca como ahora, congregado en torno del trono, y suministrando todas sus energías al gobierno constituido.

**

Después de la tragedia de Manila, las miradas todas se vuelven á las aguas del Atlántico, en donde se buscan las escuadras enemigas y se espera de un momento á otro el formidable choque. Nada son ante los graves acontecimientos del tiempo porvenir, los combates parciales de Cárdenas y de Cienfuegos, en que han sido rechazados los buques americanos que han intentado en vano los primeros desembarques; nada significa un buque español hundido en las aguas antillanas y un terpejero americano que se retira maltrecho y averiado á buscar refugio en aguas de Cayo Hueso.

Apenas el asedio de San Juan de Puerto Rico, y el principio del bombardeo de la ciudad, noticia que parece confirmada según telegramas de última hora, es el prólogo del tremendo drama cuyo teatro han de ser las aguas del Atlántico. Alguien ha anunciado que por las costas de la Nueva Inglaterra se han avistado algunos buques españoles, en tanto que con tesón se repetía que la escuadra española de Cabo Verde había vuelto al Puerto de Cádiz. Hoy nadie duda que los buques españoles se hallan muy cerca de sus aborrecidos enemigos.

Imposible entresacar de entre las noticias y rumores que corren en estos momentos en que cerramos nuestra crónica, entresacar la verdad de los sucesos.

**

Lo cierto es que algo terrible y grave se prepara y que no han de tardar muchos días sin que sepamos de algún encuentro decisivo, de algún

combate mucho más formal, de más graves y serias consecuencias que el de Manila, ya sea provocado por el intento de desembarque de tropas americanas en el territorio de Cuba, por el ataque formal á Puerto Rico, por el encuentro de las escuadras ó por el bombardeo de algún puerto americano.

Esos relámpagos de tormenta que cruzan el espacio, esos truenos que retumban en el cielo, anuncian el choque formidable. ¡Ay de los vencidos! ¡Ay de los que encuentran su mortaja en el manto impacible del Océano! Siquiera que después de la refriega y por encima de la sangre y el exterminio, resplandezca al fin el sol de la justicia.

X. X. X.

18 de Mayo de 1898.

Nuestros Grabados.

Los jefes de las naciones beligerantes

La *Illustration* de París ha publicado en uno de sus últimos números, los retratos cuya reproducción ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que representan, uno á Su Magestad la Reina Regente de España con su augusto hijo y el otro á Mr. Mc Kinley Presidente de la República Norte Americana.

Interesante y artístico resulta el grupo, así como el retrato de Mr. Mc Kinley elegante y correcto. Por eso los hemos copiado, ahora que se ve con tanto y tan natural interés en nuestro país todo lo que más principalmente se relaciona con las dos naciones que han emprendido sangrienta y terrible guerra.

Recuerdos de la última fiesta cívica.

Un grabado que representa al señor Presidente de la República dirigiéndose á hacer su visita al monumento de Zaragoza y otros dos con detalles de la Columna de honor en el sitio que ocupaban los alumnos del Colegio Militar, y en el que ocupaban los Cuerpos de Rurales engalanan hoy nuestra columnas.

El Colegio Militar es una institución tan simpática para todos los mexicanos, y está atendido de un modo tan brillante, que siempre su presentación es saludada en las formaciones con aclamaciones de entusiasmo.

Penetrado el señor General Díaz de los mismos sentimientos de simpatía dá al plantel decidida protección realizando así su propósito de seguir mejorando día por día y para bien de la Patria el Ejército Mexicano.

Embarque de tropas para Cuba.

Con plectro de oro han venido cantando los poetas españoles desde hace ya tres años, ese paso doloroso que representa nuestro grabado de hoy: el embarque de tropas españolas para la Isla de Cuba.

Y no han cesado ni la guerra cruel ni el clima implacable de consumir vidas en la ya muy cara antilla, ni ha cesado en sus sacrificios de sangre y de dinero la patriótica España.

Ahora la guerra actual hace más necesarios esos sacrificios y España no los escasea.

El teatro en Paris en 1900.

Se ha hablado mucho del proyecto que había de reconstruir en el lugar de la Exposición el antiguo bulevar del Temple, tal como era, con su pintoresca aglomeración de teatros fielmente reproducidos y que en cada uno de ellos se repetirían las representaciones que en sus homónimos causaban hace cincuenta años las delicias de los buenos parisienses.

A primera vista la idea pareció ingeniosa, pero luego se reflexionó en que tendría un interés escaso para la mayoría de los visitantes, no resultando en realidad más que una aglomeración de edificios insignificantes en los que las representaciones y sobre todo, el decorado, la maquinaria y el vestuario, si eran fieles también, iban á sufrir la gran silba.

Los que con formalidad hablan del establecimiento de un teatro propiamente dicho en el local de la Exposición, no tienen, dice el *Petit Journal*, ni la menor idea de lo que podía costar una instalación semejante conforme á las exigencias del refinado gusto moderno.

Por eso no habrá más que exhibiciones fáciles, menos costosas, como los panoramas por ejemplo, para los cuales hay ya centenares de solicitudes, seguramente porque los peticionarios recuerdan el éxito colosal que en 1889 tuvo "El Barco trasatlántico," panorama sencillísimo que produjo á los empresarios una ganancia líquida de un millón de francos.

RECUERDOS DE LAS FIESTAS DEL 5 DE MAYO



EL SEÑOR GENERAL DIAZ DIRIGIÉNDOSE A VISITAR EL MONUMENTO DE ZARAGOZA
(Instantánea tomada para «El Mundo»)

La muerte sobre el campo de batalla

Praskukin había llegado en compañía de Mikhaïlov á un sitio menos peligroso, y empezaba á volver en sí, cuando vió brillar detrás de él un repentino relámpago, y oyó gritar al centineia:

—¡Bomba!

Y á uno de los soldados que venían detrás, añadir:

—Va á llegar justamente al bastión.

Mikhaïlov miró. El punto brillante de la bomba parecía haberse detenido en su zenit, precisamente en el momento en que era imposible adivinar la dirección que iba á seguir. Pero aquello no duró más que un momento; la bomba, cada vez más rápida, se iba aproximando más y más. Ya se veían volar las chispas de la mecha y se oía el silbido fatal; precisamente venía á caer en medio del batallón.

—¡Echate!—Gritó uno.

Mikhaïlov y Praskukin se echaron al suelo. El segundo cerró los ojos, y oyó

que la bomba chocaba en una parte, muy cerca de él, con la tierra dura. Transcurrió un segundo que le pareció una hora y la bomba no estallaba. Praskukin tuvo miedo, pero tal vez se asustaba sin motivo; tal vez había caído más lejos, y se imaginaba falsamente que oía chisporrotear la mecha junto á sí. Abrió los ojos y vió con satisfacción á Mikhaïlov echado en tierra á sus piés; pero á cosa de una arcina de distancia, sus ojos se encontraron por un momento con la mecha encendida de la bomba que daba vueltas.

Un terror glacial que mataba toda idea y todo sentimiento, se apoderó de su ser, y tuvo que taparse la cara con las manos.

Transcurrió otro segundo, un segundo durante el cual pasó por su imaginación todo un mundo de pensamientos, de esperanzas, de sensaciones y de recuerdos.

—¿A quién matará? ¿A mí ó á Mikhaïlov. ó á los dos á un tiempo? Y si es á mí, ¿dónde me herirá? Si me da en la cabeza, hemos concluido, si en el pié me lo amputarán... En tal caso, pediré que me den sin remedio cloroformo, y podré quedar con vida, y quizá mate solo á Mikhaïlov, y entonces contaré yo cómo íbamos juntos, cómo murió, cómo me salpicó de sangre. ¡No! está más cerca de mí ¡A mí va á ser!

En aquel momento se acordó de los doce rublos que debía todavía á Makhaïlov, y de otra deuda de Petersburgo que hacía largo tiempo debía haber pagado; vino á la memoria un aire tzigano que cantaba la vispera. Se le apareció la mujer amada, con una toca con cintas color de lila, y también el hombre que le había ofendido cinco años antes y de quien no se había vengado; pero en medio de estos recuerdos y de otros mil la conciencia del presente y la espera de la muerte no le abandonaban un instante: "Por otra parte, pensó, quizá no estalle!" y estuvo tentado á abrir los ojos con audacia desesperada; pero en aquel instante, á través de sus párpados aún cerrados, hirió sus pupilas un rojo resplandor; una cosa le empujó con espantoso estrépito en medio del pecho: lanzóse corriendo á la ventura, se enredó los piés en el sable, tropezó y cayó sobre el costado.

—¡Alabado sea Dios! ¡No tengo más que una contusión!

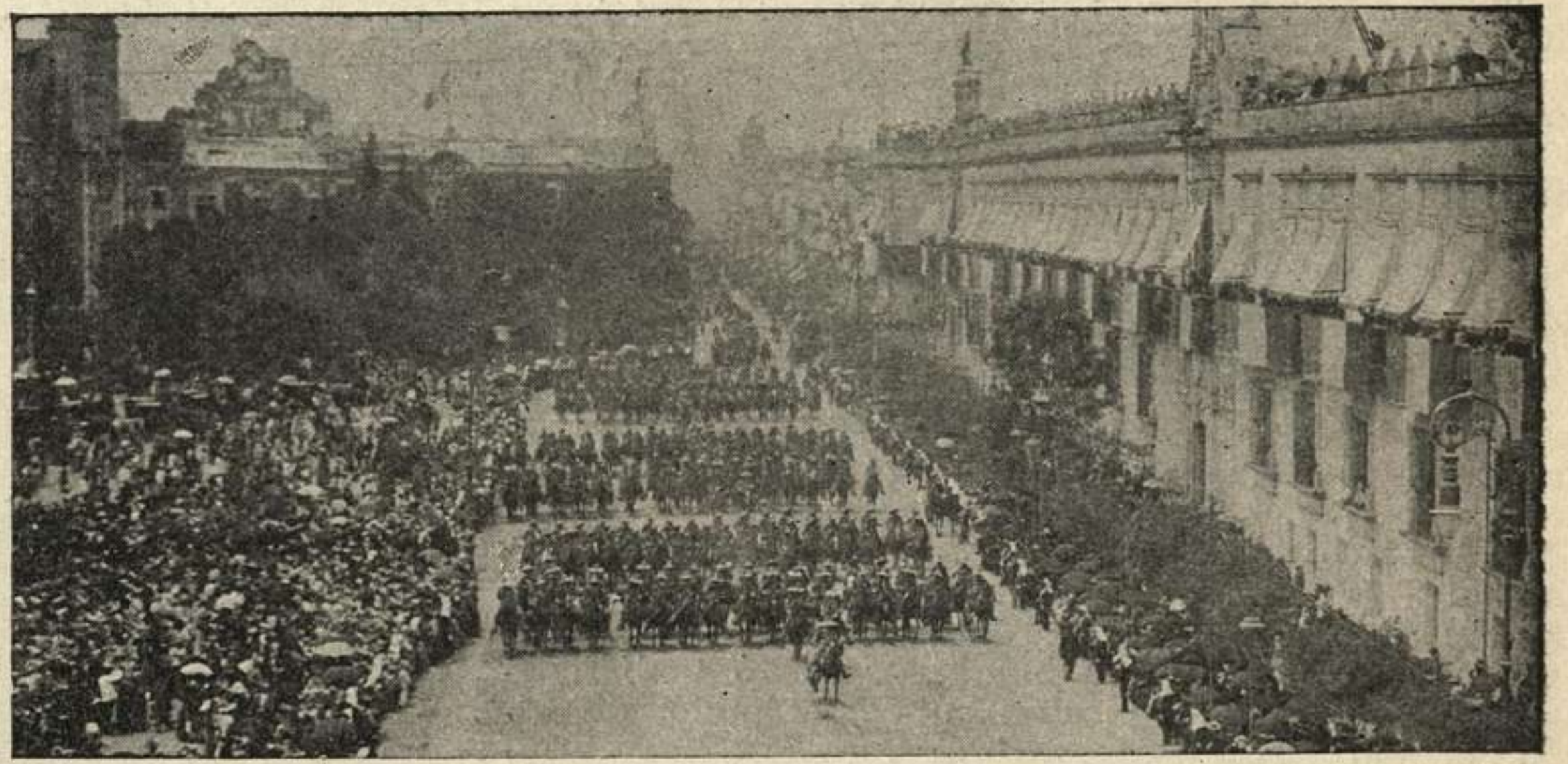
Esto fué lo primero que se le ocurrió.

Quiso tocar el pecho, pero tenía las manos atadas y un tornillo le apretaba el cráneo. Delante de él corrían varios soldados que contaba maquinalmente.

"Uno, dos, tres soldados, y ahora un oficial con el capote remangado."

Luego un relámpago lo deslumbró y pensó: "¿Con qué han tirado? ¿Con mortero ó con cañón? Con cañón sin duda."

Otra vez tiran, y otra vez pasan soldados; cinco, seis, siete soldados. Seguían pasando, y de repente le dió un temor horrible de que lo aplastaran. Quiso



LA GRAN PARADA.—LOS CUERPOS DE RURALES (Instantánea)



LA GRAN PARADA—LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

(Instantánea)

gritar, decir que estaba contuso, pero su boca estaba seca, la lengua se le pegaba al paladar, tenía una sed ardiente, sentía mojado el pecho la sensación de esta humedad le hacía pensar en el agua, y hubiera querido beberse lo que le mojaba.

"Me habré herido y me habré hecho sangre al caer," pensaba, y cada vez más espantado ante la idea de ser aplastado por los fugitivos que seguían desfilando ante él, reunió sus fuerzas y quiso gritar:

"Cogedme!"

Pero en lugar de esto, lanzó un quejido tan espantoso, que él mismo se espantó al oírse. En seguida, vió danzar ante sus ojos chispas rojas, y le parecía que los soldados amontonaban piedras sobre su cuerpo.

Luego las chispas danzaron más lentamente, las piedras amontonadas sobre él le fueron sofocando más y más, hizo un supremo esfuerzo para apartarlas, se estiró y no vió más, ni oyó ni pensó más, ni sintió más. Había quedado muerto en el sitio, herido en mitad del pecho por un casco de bomba.

Mikhaïlov, al ver la bomba, se había echado al suelo como Praskukin. También por su imaginación habían pasado un número incalculable de pensamientos durante los dos segundos que tardó en estallar la bomba. En tanto rogaba á Dios mentalmente, diciendo:

"Hágase tu voluntad!"

Y al mismo tiempo pensaba:

"Y yo que pasé á infantería para hacer esta guerra! ¿Por qué no me habré quedado en el regimiento de hulanos en el Gobierno de T... al lado de mi amada Natacha? Y no que ahora, he aquí lo que me espera."

Púsose á contar: uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estallaba en número par, él quedaría con vida, y si en impar, lo mataría.

"Todo acabó! ¡muerto soy!" pensó al oír la explosión, sin acordarse si había ocurrido en número par ó impar, y sintió en la cabeza un choque y un dolor atroces.

—¡Señor, perdóname mis pecados!—murmuró cruzando las manos.

Luego se levantó; pero en seguida cayó boca arriba, desmayado.

Lo primero que sintió al volver en sí, fué la sangre que le corría por la nariz; el dolor de la cabeza era mucho menos fuerte.

Es el alma que se va: ¿qué habrá allá abajo? ¡Dios mío! recibí mi alma en paz!... «Es singular, sin embargo, reflexionaba: me estoy muriendo y oigo claramente los pasos de los soldados y el ruido de la fusilería.»

¡Aquí una camilla! ¡Eh! ¡El jefe de la compañía está muerto!—gritó por encima de él una voz que conoció la del tambor Ignatiev.

Uno le levantó por los hombros. Abrió trabajosamente los ojos y vió sobre su cabeza el cielo, de un azul obscuro, grupos de estrellas y dos bombas que volaban por encima de su cuerpo, como si se tratasen de reunirse la una con la otra; vió á Ignatiev, á los soldados cargados con las camillas y los fusiles, el talud, las trincheras y de repente tuvo la certidumbre de estar aún vivo.

Una piedra le había herido ligeramente en la cabeza. Su primera impresión fué casi de pesar. Se había encontrado tan bien, tan tranquilamente al ir á pasar á la otra banda, que al volver á la realidad, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre, le fueron desagradables. La segunda impresión fué una alegría inconsciente de sentirse con vida, y la tercera, alejarse cuanto antes del bastión. El tambor vendió la cabeza á su comandante, y lo llevó á la ambulancia, sosteniéndole por debajo del brazo.

Centenares de cuerpos, recientemente ensangrentados, y á los que dos horas antes agitaban diversos deseos, esperanzas sublimes y mequinas, yacían con los miembros rígidos en el valle florido y bañado de rocío, que separaba el bastión de la trinchera, ó sobre el terso pavimento de la capilla de los muertos en Sebastopol.

Centenares de hombres, con maldiciones ó ruegos sobre sus labios secos, se arrastraban, se retorcián y se lamentaban, unos abandonados entre los cadáveres del florido valle, otros sobre las camillas, las camas ó el suelo húmedo de la ambulancia. Y á pesar de esto, el cielo, como en días anteriores, se iluminaba con los resplandores de la aurora por encima del monte Sapum; las rutilantes estrellas empezaban á palidecer y una niebla blanquecina se elevaba sobre el mar sombrío y ruidoso. La púrpura de la aurora enrojecía el Oriente; largas nubes encendidas volaban por el horizonte, de un azul claro, y como en los días precedentes, el globo magnífico y poderoso del sol seguía subiendo por los cielos, prometiendo la alegría, el amor y la dicha á la tierra reanimada.

LEON TOLSTOI

LA CIENCIA AL DIA.

Los tranvías eléctricos que toman su corriente en una línea de alambre lateral establecida sobre postes, son económicos y su uso se extiende más cada día.

La mayor parte de tranvías que se han proyectado para los alrededores de París, serán de esa clase. La explotación es sencilla y se hace á poco costo, pero pocos serán todos los cuidados de la autoridad y de los hombres y sociedades de ciencias para recomendar instalaciones muy escrupulosas y una vigilancia constante de las líneas sobre todo durante las tempestades y poco tiempo después de ellas. Sucede á veces que uno de los hilos de la línea aérea se revienta y cae sobre la vía pública y entonces si toca en tierra determina lo que se llama «cortocircuito».

La electricidad en ese caso lo encuentra más expedito y cómodo, se precipita por él y la intensidad de la corriente se hace tan considerable que el alambre se incendia al rojo candente. Si un transeunte toca del modo más leve este alambre, cae fulminado como por el rayo más poderoso.

Esto ha sucedido ya en varios puntos de Europa, de los Estados Unidos y de México y no debe olvidarse que los hilos de la luz eléctrica y de los tranvías son siempre una amenaza contra la que deben todos preverse. En Bâle, Francia acaba de ocurrir un accidente mortal muy singular y que conviene dar á conocer.

Un joven obrero iba á su trabajo muy de mañana. Iba preocupado y rápidamente, cuando de pronto se detuvo por el cuello; el obstáculo era un hilo telefónico que desprendido del poste estaba apoyado en un hilo de tranvía y cruzado en la calle á la altura de un hombre. Por consecuencia del circuito corto formado entre la línea del tranvía á 500 volts y la tierra, la temperatura del alambre telefónico había subido al rojo y el joven recibió una quemadura y además un formidable golpe eléctrico. Para colmo de desdichas se asió al caer del mismo alambre que acabó por degollarle. Cuando se vino en su socorro, la cabeza estaba ya desprendida del tronco.

La responsabilidad de este accidente correspondió á la Dirección de los teléfonos, y la autoridad, de acuerdo con el dictamen facultativo resolvió que «no deben establecerse alambres telefónicos en los mismos postes de los alambres de tranvías» porque esta promiscuidad, en caso de ruptura, no solo pone en peligro á los transeuntes como en el caso de Bâle sino también á los que dentro del circuito corto quieren usar de un aparato telefónico.

La electricidad avanza rápidamente por todo el mundo. En la última sesión de la Sociedad internacional de Electricistas de Berlín se acaba de estudiar el asunto de la distribución de energía eléctrica y se dió cuenta de los progresos realizados en las estaciones centrales de Francfort, Colonia, Dusseldorf, Hamburgo, Berlin, Leipsig, Munich, Nuremberg y Estrasburgo. Todo se hace allí en grande escala, las fábricas son espaciosas y las máquinas tremebundas. En 56 ciudades la tracción de wagoes es eléctrica y hay ya 958 kilómetros de vía utilizando una potencia de 21,465 kilowats. Existen 265 estaciones centrales con una fuerza motora total de 67,900 kilowats, y estas

estaciones distribuyen luz y fuerza motriz á talleres y tranvías, pués en Alemania como en los Estados Unidos la electricidad se emplea para dar movimiento á toda suerte de maquinaria. Esto si es cómodo! En París el uso aún no se ha extendido porque todavía el precio de la unidad eléctrica resulta caro, por consecuencia principalmente de los impuestos municipales.

En Alemania el carbón vale de 12 á 18 francos (\$240 cs á 360 cs.) la tonelada y gastan los centros productores de electricidad 3 kilos de carbón por kilowatt en una hora. La energía eléctrica se vende en Berlin y otras grandes ciudades á razón de 8 céntimos (menos de 2 centavos), el hectowatt durante cada hora para el alumbrado y para la fuerza motriz 2 centimos (25 de centavo por hectowatt y por hora) para la fuerza motriz, con rebajas de 10 á 50 por ciento según el tiempo de utilización.

**

Ya hemos hablado en números anteriores de la gigantesca locomotora construida en los Estados Unidos y que debía considerarse ahora como lo más grande del mundo, según lo afirman los periódicos Norte Americanos tanto en las hojas volantes como en las publicaciones técnicas. Así lo habíamos aceptado también nosotros, pero ahora viene Mr. Henri de Parville en *Le Journal des débats* de París diciendo que tal afirmación carece de exactitud. Despues de hacer de la locomotora Americana la descripción que ya conocen nuestros lectores y despues de convenir en que es un brillante espécimen de la industria moderna, dice textualmente el escritor francés:

El *Record* de las locomotoras pertenece sin discusión á la vieja Europa y es Bélgica la que posee el gigante mecánico de esa especie desde el año último de 1897, y que es del tipo francés.

La más grande locomotora del mundo es, en consecuencia, esa, Compound, articulada; sistema del Ingeniero frances Maillet; fué construida para los ferrocarriles belgas pertenecientes al Estado, con el fin de utilizarla en los planos inclinados de Liega y figuró en la Exposición de Bruselas.

Esta máquina, como la americana es conducida sobre seis ejes y pesa con su provisión completa 108 000 kilogramos completamente utilizados para la adherencia siendo su disposición tal, que cada eje no carga el riel sino con el peso de 18 000 kilos, en tanto que la



ESPAÑA. - EMBARQUE DE TROPAS PARA CUBA



Museo de Bruselas.-Lectura prohibida.-Cuadro de C. Ooms.

de la colección de fotografías del Dr. Flores

ocomotora americana menos pesada y de menor potencia lo carga con un peso de 19,500 kilos.

Los Estados Unidos quedan pues en segundo lugar: pero tal es el espíritu de sus industriales que es más que probable que en la Exposición de 1,900 conquisten el puesto que tanto les halagaba y que acaba de escapárseles de las manos.

Para dicha Exposición va á presentarse de seguro una edición de la Rueda de Chicago corregida y aumentada. Las piezas han llegado recientemente á París no sin gran trabajo porque son enormes y están ya en vía de montaje en la Avenida Suffren, cerca del Campo de Marte. La gran Rueda de París elevará á los curiosos á 110 metros de altura y la originalidad del procedimiento consistirá solamente en las dimensiones.

Dos pilotes de 60 metros, lo que ya es una construcción tan alta como las torres de Nuestra Señora de París, soportarán el eje de la rueda que tendrá trece metros de largo entre un pilote y el otro, y pesará 42 toneladas: La rueda, como todas está constituida por una llanta y rayos. La llanta tendrá tres metros y medio de espesor y muy cerca de ocho metros de anchura.

Llevará cuarenta vagones simétricamente sostenidos con capacidad para 1,680 viajeros. Los rayos se

formarán con cables de acero flexible, cuya tensión se hará y sostendrá con el peso mismo de la rueda. El diámetro de esta es de 120 metros, la construcción, toda de acero y el peso total de unas 800 toneladas.

El movimiento se imprimirá por medio de cables adheridos á la llanta y conectados con una máquina de vapor. Diez minutos durará la ascensión y diez el descenso de los wagones.

El *Journal des débats* de donde tomamos extractándolos los datos anteriores termina con esta frase humorística:

La rueda hará furor. Los globos ya pasaron de moda; la torre de Eiffel es muy alta..... pero la rueda giratoria? Eso es justamente lo que nos faltaba en París: representa el estado de nuestro espíritu.

El libro prohibido

Las audaces predicaciones de Martín Lutero habían producido ya su efecto: la nueva doctrina invadía la Europa entera, cundía por el seno mismo de la nobleza y aún solía subir los escaños de algunos tronos.

Alarmada entonces la iglesia, desplegó toda la ple-

nitud de su poder, redobló la vigilancia que ejercía sobre todas las clases sociales, reiteró las prohibiciones de leer la Biblia y revistió sus actos de la más vigorosa energía.

Pero la Biblia era no solamente el libro en que apoyaba sus dogmas la religión luterana: también hallaban en ella los judíos, los antiguos enemigos de la iglesia, el texto mosaico base y fundamento de su culto condenado y abominado por los Santos Padres.

En el último cuarto del siglo XIX, cuando en la mayor parte de las naciones civilizadas existe la tolerancia de cultos, suavizadora del trato entre los hombres y los pueblos, no se comprende esa fiebre de fervor religioso que encendía los corazones en la época de las guerras de los hugonotes.

A esa época corresponde el cuadro que aparece hoy en el *Mundo Ilustrado* y que representa á un viejo israelita que lee la Sagrada Escritura en compañía de su joven y bella hija. Un ruido en el exterior de su habitación les despierta la sospecha de que van á ser sorprendidos.

La expresión de angustia de sus fisonomías y la verdad maravillosa de todo el cuadro en su conjunto y detalles convierten esta obra en una de las más preciadas joyas de la escuela alemana contemporánea.



Mr. William Mc Kinley

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.

DE "LA ILUSTRACION" DE PARIS

LA DOLORES

(NOTAS PARA UNA ACUARELA.)

Mientras se paraba el tren
 á refrigerar sus bofes
 cantáronme en Sariñena
 la copla de la Dolores.
 Era un ciego guitarrero
 con el gaxnate de bronce
 la cara llena de muecas
 y el cantar de miel y arrope
 plantado junto al carril
 con un guitarrón enorme
 necesitado de primas
 y sobrado de bordones.
 —*Si vas á Calatayud,
 pregunta por la Dolores,
 que es una chica muy guapa
 y amiga de hacer favores.*
 Le eché dos cuartos al ciego,
 volví á mi rincón del coche,
 silbó la locomotora
 y mientras yo á sorbetones
 iba sacándole el gusto
 á la copleja del pobre,
 se entraba dando pitidos,
 el tren, corre que te corre,
 por la tierra aragoneza,
 perseguido por la noche.
 —*Moza calatayuteña,
 dadivosa y de buen porte,
 que anda en coplas y convida
 con albricias y alboroque?*
 Cosa justa es que la fama
 la recomiende y pregone.
 Me voy á Calatayud
 más derecho que un bodoque,
 y pues que lo canta un ciego
 y la copla lo dispone,
 en cuanto que llegue allá
 pregunto por la Dolores.

II

¡Ya llegué y ya pregunté!
 ¡Ya la conocí, señores!
 Al que quiera conocerla
 yo le daré los informes.
 En España está Aragón,
 que es tierra de sangre noble,
 donde los toros son bravos
 aunque nunca son traidores,
 El vino zaragatero,
 florecientes los terrones,
 parlanchinas las guitarras,
 enamorados los hombres,
 las mujeres hechiceras
 y reñidos los amores.
 En Aragón está el Ebro
 que copioso le recorre;
 junto al Ebro, Zaragoza
 tocada de mil verdores;
 más alto Calatayud,
 que aún con moros tiene entronque,
 en Calatayud un lio
 de calles y callejones,
 en una calle un mesón
 y en el mesón la Dolores.
 Atiendan á mi cantar,
 forasteros y españoles.
 Quien vaya por Aragón,
 no pierda dos ocasiones:
 la Pilarica primero,
 que es madre de pecadores;
 la Doloricas después,
 que apaga las devociones,
 y hay que verla, porque dicen



las guitarras y las voces,
*que es una chica muy guapa
 y amiga de hacer favores.*

III

Ni Gerineldo, ni el Cid,
 ni el Conde de Partinobles,
 Ni todos los Amadises,
 ni Roldán, ni don Quijote,
 tuvieron quien les sirviera
 con más gracia y atenciones,
 que á la parroquia plebeya
 de gañanes y pastores
 servía la buena moza

que todo Aragón conoce.
 Era una chica de libras,
 más recia que un mazacote,
 más ligera que un flechazo
 y más fina que un estoque;
 desenvuelta, decidora,
 ruidosa como un alboque,
 que gu-taba de piropos
 y de servir pescozones.
 Tenía en cada mejilla
 un vergel de rojas flores,
 mil sonrisas en la boca,
 y en los ojos dos tizonas
 que ardían entre tinieblas,
 y tras de cuyos ardores

asomaban dos mocitas
 pregonando perdiciones.
 Era su pelo más negro
 que las horas de la noche,
 trenzado sobre la nuca
 y partido en dos mechones
 sobre las sienas, lo mismo
 que se vierten por los bordes
 las ondas de arroyo bravo
 mal tenido en sus prisiones.
 Mostraba el brazo desnudo
 hecho en primoroso molde,
 tostadito como un trigo,
 nervudo como un garrote;
 y entre pliegues de un pañuelo
 de pintas multi colores
 y un jubón mal arropado
 porque tendía el escote,
 rebujaba la chiquilla
 yo no sé qué tentaciones
 que no las vieron mis ojos
 y me causaron hervores.
 Vila allí triscando airosa
 lo mismo que un saltamontes,
 entre la gárrula turba
 de arrieros y labradores,
 rebosándole los oídos
 piropejos retozones
 y esquivando con las manos
 larguezas de bienhechores.
 Iba, en lo alto la cazuela,
 de la mesa á los fogones,
 mostrando su talle airosa,
 sus caderas y su porte,
 ó de la mesa á la cueva
 con los jarros de jarope,
 como una plebella Vénus
 que sirviera las raciones
 de nectar y de ambrosía
 á aquellos dioses menores.
 —*¡Voto á mi, que en Sariñena
 no me zumbaron moscones,
 y que es el mismo Evangelio
 la copla de la Dolores!*
 ¡Viva quien hizo el cantar
 y viva el rincón del orbe
 donde ha nacido esa chica
 tan guapa y de tanto nombre!

IV.

Lo demás que allí pasó
 averigüenlo doctores;
 que yo para no decirlo
 tengo muy buenas razones.
 La llamé para pedirle
 que me sirviera y sirviómelo;
 la invité á que se sentara
 muy juntito á mí, y sentóse,
 la convidé á Cariñena
 y aceptómelo y bebiólo;
 lo demás que allí pasó
 averigüenlo doctores.
 Sepa tan solo quien guste
 de hacer averiguaciones,
 que al volver por Sariñena
 le dí las gracias al pobre,
 y que dice una verdad
 como un templo y como un monte,
 el cantar aragonés
 que en todo Aragón se oye:
 —*Si vas á Calatayud,
 pregunta por la Dolores,
 que es una chica muy guapa
 y amiga de hacer favores.*

JOSÉ FELIU Y CODINA.



TO JENNY

(LORD BYRON)

Hay una virgen de alma cariñosa
 Tan tiernamente al corazón unida,
 Que separar su vida de mi vida
 Fuera lo mismo que romper las dos.

Hay un semblante pálido y hermoso
 Que siempre miro, porque está en mi alma,
 Y que en la scmbra de la noche en calma
 Vela con mi ángel cuando duermo yo.

Hay unos ojos negros, adormidos
 A la sombra ideal de la pestaña,
 Cuya mirada celestial empaña
 La tristeza dulcísima de amar.

Ojos que buscan en los ojos míos
 El idioma del alma silencioso,
 Ojos dichosos si me ven dichoso,
 Ojos que lloran si me ven llorar.

Hay la flor de una boca purpurina
 Que tan solo mis labios han oprese
 Allí temblaba el inefable besó
 Del alma casta en su primer amor.

Hay una voz más grata á mis oídos
 Que el eco de una música del cielo,
 Voz de vaga ilusión, voz de consuelo
 Para el alma cansada de dolor.

Hay un cabello derramado en rizos
 Que entreteje mi mano cariñosa;
 Una cabeza lánguida y hermosa
 Que dulcemente desmayando va.

Hay un seno de amor, tibio y tranquilo,
 Donde reclino pálida mi frente,
 Cuando la copa del dolor, ardiente,
 El alma martir apurando está.

Hay un amor tan grato como el sueño
 Que tuviera un arcángel en la gloria,
 Un amor para el mundo sin historia.
 Un amor que no sé cómo llamar.

Dos vidas que antes de encontrarse fueron
 Mitades de una alma desprendidas
 Hoy, al hallarse, para siempre unidas,
 ¿Quién las puede de nuevo separar?

Dos corazones hay que á un tiempo mismo
 Palpitan de placer ó se entristecen,
 Y cuanto más en adorarse crecen
 Más ávidos se sienten de pasión.

Dos almas de ventura tan suprema,
 Que cruel, al separarlas, la fortuna
 ¿Al separarlas? No! solo son una
 Que eterna vive de su eterno amor.

MANUEL M. FLORES.

UN SANTO

Vive, bajo el sayal del franciscano,
 En la lóbrega celda de un convento,
 Donde tiene, por único contento,
 La dulce paz del corazón cristiano.

Entre las ondas del cabello cano
 Que sombrean su rostro macilento,
 Brillar se ve su puro pensamiento
 Como un astro entre nubes de verano.

Frente al disco de fúlgida custodia
 Cántico celestial su voz salmodia,
 O, como exangüe monje de Rivera,

Que siempre á la tortura está propicio
 Ciñéndose á las carnes el cilicio
 Medita ante sagrada calavera.

JULIAN DEL CASAL.

El cuento de las tres duquesas

I.

Apenas empezaba á amanecer, cuando las tres hijas del Gobernador se asomaron á la ancha ventana que daba para el campo, y aún estaban allí á la hora solemne en que el sol, hundiéndose en una explosión de nubes rojas, carmines y doradas, desaparece del horizonte.

En la vasta cámara, tapizada de colgaduras de seda, un grupo de hermosísimas doncellas de la servidumbre del castillo hería con dulzura las cuerdas de theorbas y arquiteles, y toda la torre octágona estaba llena de un vago y delicado murmurio que las tres hermanas ni siquiera oían.

Sus miradas como sus pensamientos estaban muy más allá de las murallas almenadas de la ciudad, más allá de los fosos y contrafosos escamados de cunetas de agua, más allá de los campos de trigo y de los huertos cultivados de las aldeas vecinas; miradas y pensamientos fijados lejos, muy lejos, hácia las montañas azules por donde se habían desvanecido con sus carros de ruedas macizas, sus caballos flacos de crines erizadas y sus bandas andrajosas de chiquillos gesticuladores y ladrones, los Bohemios que pasaron por última vez por la ciudad.

Hacia ya un mes que estaban desfilando por grupos de veinticinco á cien compañeros, fuera de la ciudad bien resguardada por sus triples murallas entre las que se veía surgir un hervidero de cabezas de burgueses asomadas para verlos pasar.

Las tres jóvenes duquesas, mejor guardadas aun en la alta ciudadela que gobernaba su padre, habían visto pasar ya á pie ya á caballo, irguiendo el cuerpo y levantando la cabeza, á más de un señor Egipcio, de oscura y encrespada cabellera, de grandes pupilas doradas como las de los tigres y de piel de bronce verde.

Desde hacía un mes, divertidas con las muecas y payasadas de la turba famélica, abandonaron los grandes balcones del salón que dan á la plaza del Mercado enfrente de la Catedral y adoptaron la doble ojiva del oratorio para pasar allí la mañana, la siesta y la tarde de todos los días, acechando el camino del otro lado de los fosos de agua estancada, por donde debían aparecer las miradas de reflejos metálicos y la sonrisa de dientes blanquísimos de los jóvenes bohemios.



II.

En toda la ciudad, las mujeres, tanto las de los artesanos como las de los burgueses, tenían por estos paganos de Egipto la misma curiosidad que las tres duquesas. Y así sucedía en la primavera de todos los años, cuando esas cabalgatas y esas infames procesiones descendían no se sabe si de las fronteras de Bulgaria ó de las provincias de Bohemia ó tal vez de más lejos como su abuelo el emperador Atila y caían sobre el país á semejanza de nubes de langostas.

Sus caras largas de herejes, y sus grandes ojos

secos, tanto el amonedado como el labrado, que desde luego desaparecía todo de los baules y maletas de los burgueses, para transportarse en un mes, y hundirse con las asquerosas alforjas de esos obscenos bandidos.

III

Así sucedía desde años atrás. No bien aparecían las pinpinelas y las vincas en los recodos y en los setos, cuando los bohemios emergían por los campos á caballo, á pie, hambrientos y fieros, con una mochila en el arzon de sus sillas; el caldero, el tenedor de hierro y el plato de estaño, toda su fortuna, en fin, sobre la espalda doblada de las hembras; los viejos abrazando á los chiquillos desnudos como dioses impuros, amontonados en las carretas, y toda esa turba, cantaba y bailaba gozosa, bajo la lluvia, el viento, y el sol, tañendo la guzla, haciendo piruetas, rebotando, las chicas sobre todo, como chispas que brotan de la fragua.

Sus estridentes carcajadas y sus locos pataleos, hechizaban las encrucijadas desde la primera estrella que aparecía en el cielo; y hacían fogatas y escandalizaban en torno de ellas y no quedaba durante la noche camino seguro á causa de estos vagabundos que infestaban el país.

Al fin, en la última primavera á instancias de los municipales y de los comerciantes, el Duque Gobernador prohibió á todos que pusieran un pie fuera de sus puertas mientras durase el paso de esos paganos malditos, y todo el mes de Abril estuvieron desfilando del otro lado de los fosos y acampando bajo las murallas espiados desde lo alto de ellas en los caminos



oblicuos sublevaban á las mujeres que abandonando todas la rueca y el huso, el lavadero, la iglesia ó la cocina, iban á treparse á las murallas y allí se ponían de codos y se deshacían como higos maduros al aspecto de los rapazuelos desnudos, hijos de esos bandidos, cuando no se aventuraban, dándose por libres al modo de las perdidas, á ir al centro mismo donde acampaban, y penetrar entre las tiendas y los carros.

Ellos, los infieles entregaban al pillajelas granjas y los cortijos, dejaban pastar á sus caballos en los trigales, degollaban á los puercos en sus chiqueros y á las gallinas en el corral, decían la buena ventura á las mujeres en cinta que luego daban á luz cristianos morenos como aceitunas y velludos á la manera de los machos cabríos; vendían filtros á los muchachos para seducir á las niñas y sustraían á las mujeres el dinero de sus maridos dándoles en cambio de hermosos escudos sonantes groseras halajas de plata forjada, anillos para evitar agenos tropiezos y encadenar la fidelidad y amuletos contra la fiebre con los cuales reventaban más pronto los pacientes; vendían horóscopos embusteros viejas de bocas desdentadas que sacaban de un caldero en que humeaba quién sabe que menjurje hediondo y negro, paquetes de yerbas secas ó que tiraban las cartas ó hacían otras mil bribonadas con que se fundía como en un crisol el buen oro de los burgue-



de ronda y en las atalayas y garitones de los centinelas, por las codiciosas miradas de las mujeres de los burgueses y las hijas de los artesanos, todas en su interior despechadas y mohinas contra el duque y su edicto.

Todo el hermoso mes de Abril en que hasta los espinos florecen y en que los caminos y los senderos se embalsaman con el aroma de los manzanos que parecen coronados por copos de algodón, todo este mes



plata las descoloridas tapicerías del gineceo ducal donde las tres hermanas habían permanecido tristes y desoladas.

IV

La mayor de las duquesas que se llamaba Berenguela, y era muy blanca, muy alta y muy seria, con cabellos castaños y bellísimos ojos negros, se volvió lentamente hacia sus hermanas Ivelaina la rubia y Merilda la morena y sin decirles una palabra, poniéndose un dedo en la boca, les hizo una señal, señal misteriosa porque las tres acometidas de un estremecimiento de emoción palidecieron y se estrecharon; pero en este momento un sonido de viola provocativo y encantador vibró alegremente en el campo y luego una voz pero una voz de ensueño (así era de pura, conmovedora y triste) una voz de hilo de agua, una voz de luna, una voz de flor si las flores cantaran, lloró á lo lejos y las dos más jóvenes bajaron la cabeza dóciles y siguieron á su hermana.

Juntas descendieron á la gran sala de bóvedas blasonadas donde su padre comía hundido hasta el cuello en una silla maciza, á la luz de los cirios fijados en albornotes contra el muro y con sus perros consentidos recargado el cuello contra sus rodillas. Criados y asistentes uniformados y con armaduras de hierro, formados como en una gran parada, esperaban sus órdenes.

Las duquesas entraron semejantes á tres hadas, y la vieja sala oscura se iluminó como con fulgores aurales. Estaban apenas medio veladas sus formas de diosas paganas por largas y leves túnicas rumorosas de seda blasonadas y bordadas de pedrerías, y sus cabelleras oleadas con perfumes exquisitos, negra la de Merilda, rubia la de Ivelaina, lucían como aureolas entre los hilos de perlas y diamantes. Apoyaron su seno en el respaldo del sillón, pasaron sus brazos desnudos al rededor del cuello del duque y oprimidas contra él en actitudes suplicantes, con sonrisas, y mimos de gatas y palabras acariciadoras, llenaron su copa de un brevaie que la silenciosa Berenguela había traído y en el cual y como jugando humedecieron ellas mismas sus labios carmines; y luego con mil besos Ivelaina de rodillas ante él, Merilda sentada casi en un brazo del sillón, dieron al duque hasta tres dosis en tanto que Berenguela con su ánfora en la mano se conservaba en pié y pálida detrás de él.

Cuando el duque se adormeció circuló la copa en torno de la mesa, ofrecida á los capitanes y á los soldados por las manos finas de las duquesas, y los ojos

la hora de comer y el sol llevaba dos horas de haberse hundido detrás de las cimas violadas, y la luna montante surgía al fin de un bosquecillo de cipreses, bañando de viva

relucían bajo los duros yelmos de hierro, y las cicatrices se avivaban en los rostros, por que las jóvenes duquesas con sus trajes ligeros y provocativos reían á todo reír y echaban miradas incendiarias á los lacayos lo mismo que á los señores; y con sus gestos atrevidos y con sus tentativas de abrazos, tenían en verdad el aspecto de unas cortesanas. . . . A lo lejos, entre la solemnidad de la noche limpida la viola seguía vibrando y la maravillosa voz sollozaba.

V

Poco á poco todos los hombres de armas de la comitiva del duque se fueron quedando adormecidos y roncaban, quién con la cabeza reclinada en la mesa, quien con el busto hundido en un ángulo del muro, y quien en fin de pié y erguido como si fuera una estatua de hierro. En el cuerpo de Guardia los centinelas dormían también embriagados con el brevaie que les llevaron las duquesas, y flotaba en toda la Ciudadela un vapor que había sumergido á todos los hombres en mágico sueño.

A lo lejos, muy lejos, por los vallecitos irisados, por los senderos luminosos, y entre la selva argentada por la luna, se escucharon después los relinchos y el galope sonoro de tres caballos que corrían. . . . hop! hop! . . . bajo los árboles. Y era un dolor el destroz de ramas y el piar de nidos despertados, y el azoramiento de pobres insectos medrosos, en tanto que voces humanas varoniles hablaban alegremente y les respondían como trinos, canciones y risas de mujeres.

Y cuando las primeras claridades del alba envolvieron acariciándolo el Castillo Ducal, los criados se detuvieron asombrados ante el dintel del Gineceo: las tres duquesas habían desaparecido.

Abierta de par en par estaba la poterna que da para el campo, y el centinela de pié todavía, con la espalda apoyada contra el muro, permanecía mostrando una gran daga clavada en el corazón.

¡Quién sabe si fué Berenguela ó Ivelaina ó Merilda la que dejó sin vida al infeliz!

Además, una mano desconocida había adornado como por befa provocadora el escudo Ducal de la poterna, con un gajo de retama y una guzla bohemia.

Todos los hombres de la guarnición se lanzaron á batir el bosque y el país entero, sin que les hubiera sido dable hallar las huellas de las tres duquesas, y nunca tampoco tornaron á pasar por la ciudad las bandadas de bohemios.

Pocos días después de la fuga de sus hijas, murió el Duque Gobernador, de pesar y de vergüenza, y el Castillo quedó abandonado.

Desde el año siguiente, al abrirse las primulas y despertar los nidos y brotar los nacientes retoños, aparecían en la ancha ventana del Gineceo las sombras malditas de las tres duquesas, ya no bellas y jóvenes sino horrendas y en esqueleto; y fijaban sus cuencas vacías, de donde brotaban siniestras fosforescencias en el camino que años atrás acostumbraban traer los bohemios.

JEAN LARRAINE.

en que el sol inunda cielos y tierra y dardea lo mismo las linfas del estanque que los renuevos frescos del sauce, les fué necesario á las mujeres permanecer en casa sentadas en un rincón del hogar cosiendo ó hilando, en lugar de correr por los prados recogiendo primulas, y la consternación reinaba tanto en las casas nobles de la ciudad alta como en las chozas y tugurios de los arrabales. También había penetrado al palacio en que las duquesas tenían la costumbre de hacer venir una vez durante el paso á los más finos músicos de los nómades y de oír durante todo un día sus sonatas y sus canciones. Ahora el duque inflexible había prohibido la entrada á los bohemios á la ciudad, lo mismo que prohibió toda salida de los habitantes hácia sus tiendas y sus campamentos, y por eso las duquesas habían concebido contra su padre y Señor, un resentimiento que crecía día por día á medida que las hordas de Egipto se hacían más raras en los caminos, pues había venido de los campos á la ciudad y se había esparcido y circulado la noticia de que los bohemios disgustados de la interdicción, darían en adelante un gran rodeo desde su viaje próximo para evitar su paso por la ciudad que ahora les cerraba sus puertas; que esta era la última vez que acampaban al pié de las murallas y que ya no se les volvería á ver más.

Hacia ya dos días que el último carro de la última tribu se había desvanecido en el oro del crepúsculo y el azul del paisaje, con sus endiablados rasgueos de guitarra y sus contorsiones de adolescentes desnudos. . . . Luego, el silencio interrumpido solo por el piar de los nidos, el silencio abrumador de los campos que no despertaran mas que con la hoz de los segadores; el camino desierto serpenteando y puntuándose á lo lejos con la sombra de un transeunte raro apareciendo como una hormiga retrasada; y más distantes, mucho más distantes, las montañas, de pié, vigilando siempre, destacadas sobre el azul del cielo como inmutables centinelas.

Corría la tercera tarde desde la ausencia de los bohemios, cuando las hijas del Gobernador, desde el alba se conservaban en la ventana abierta que da frente al campo; y en la vasta cámara un momento antes llena de la charla y las canciones en sordina de las doncellas de servicio, los arquilaudes y las thorbas se habían callado porque había llegado ya



El perdón de Cain

Las Puertas del Paraíso se habían inexorablemente cerrado. La hoja de fuego del ángel vengador había arrojado para siempre del jardín de las Delicias á la pareja engendradora del mundo. La primera lágrima había rodado y el primer grito de desesperación resonaba en la inmensidad de la tierra desierta; la humanidad quedaba sellada para lo futuro de los siglos: el dolor, su único patrimonio en lo sucesivo, había sido creado.

Adán y Eva, inclinados por el peso de lo que desconocían, caminaron días y noches; erraron á lo largo de las llanuras, treparon á las montañas para ver si sus ojos lograban descubrir el Eden recién perdido. Las aguas de los ríos reflejaron sus rostros, sus cuerpos, y se vieron, no hermosos y serenos como en los primeros tiempos de su llegada, sino miserables y feos avergonzándose de su majestuosa desnudez. La caída trastornó radicalmente su primitiva belleza. Adán perdió por completo la arrogancia de sus formas y la suavidad de su piel, sus facciones se endurecieron, se hicieron ásperas y repulsivas, sus movimientos fueron torpes y su cansancio constante.

En su mirada que perdió la dulzura y la calma se retrataba á cada momento la tristeza, cuando no la rebelión, y en el fondo de su alma, como las emanaciones venenosas en el fondo de un pozo, echaba raíces el odio. Conoció á la par que la compañera, los colores abrasantes, los mediodías que abrumaban y las noches largas é inclementes; sus miembros temblaron de frío y de espanto; se abatieron á la fatiga, se inclinaron al trabajo. Sus manos conocieron las asperezas de la tierra, se endurecieron, sangraron. Eva perdió la gracilidad de sus movimientos y la pureza inmaculada de sus contornos. Sus ojos tranquilos, reflejo de un alma, agua muy mansa, se humedecieron siendo circundados por dos líneas amoratadas, imborrable señal de las lágrimas que á cada momento, al recordar lo perdido, derramaba; toda la castidad de su desnudez desapareció; y ella, la que había nacido para recibir su mitad en el jardín de las Delicias, murió para dar nacimiento á la mujer, á la hembra, y conoció las torturas del parto.

A lo largo de la llanura Cain y Abel, caminaban. La tarde caía; y en lo lejano, en el horizonte, alrededor del sol, una inmensa franja roja se extendía. Los dos hermanos marchaban silenciosos; Abel miraba sonriendo el cielo, Cain con la mirada baja é indecisa, dejaba dibujar de cuando en cuando en su frente el trazo de una arruga.

Al llegar á determinado punto, á un tiempo se arrojaron; descargaron sus espaldas, formaron dos montículos de arena, los cubrieron con maderas y ramas perfumadas é hicieron fuego.

En la solemnidad de la noche que se acercaba, las llamas se avivaban, se encendían tronando, mientras el humo despidiendo agradables olores, se remontaba al cielo.

Pero hubo un momento cuando el fuego era más vivo en el que la llama de Cain se opacaba mientras más clara y dorada era la de su hermano Abel, y hubo un momento en que la columna de aromático humo del hermano menor ascendía más y más, al tiempo que la del mayor se debilitaba, se adelgazaba subiéndola apenas; y la arruga que en la frente de Cain se dibujaba, iba haciéndose poco á poco más profunda.

La oración concluida extinguidas las llamas juntos, los hermanos volvieron á emprender su camino. El sol se había ocultado y solo quedaban unos cuantos rayos dibujándose como espadas en el rojo más encendido aún del horizonte.

La marcha no duró mucho tiempo. De improviso, el mayor se detuvo; por sus ojos pasó una expresión humana, sus labios se plegaron con extraño gesto; y levantando la masa que para defensa contra las fieras llevaba en la mano, la agitó un momento, la balanceó en el espacio, dejándola caer sobre la nuca de Abel quien sin una palabra, sin un grito, con una mirada de piedad tan solo, cayó á sus pies.

En el horizonte, el relámpago rasgó la franja rojiza.

Avanzada la noche, más furiosos eran á cada instante los rugidos del rayo y los de las bestias. Cain llegó á la choza paterna, formada de piedras ramas y pieles. Eva estaba á la puerta iluminada por las hornazas que por temor de los animales se encendían. Al ver acercarse á uno solo de sus hijos, su inquietud prolongada desde hacía muchas horas, estalló en un gemido; clavó luego los ojos en Cain, lo interrogó, mientras él, con la mirada levantada y llena de soberbia señalaba un punto, allá lejos.

Crecieron los dos círculos amarotados del rostro de Eva, ajose su cutis, enblanquecieron sus cabellos. Diariamente, al caer de la tarde, de pie á la entrada de la choza volvía sus ojos humedecidos hacia el lugar que una noche, á la luz de las fogatas, señalara con soberbio gesto, Cain.

Y en las sombras de la cabaña, oyendo los rugidos, sintiendo el paso del viento, ella se revolvió sin poder dormir, recordando al primer muerto, al que había visto inánime, medio roído, sordo á sus llamamientos é indiferente á sus lágrimas. Diariamente lo reveía en la misma postura en que lo había visto cuando las antorchas le alumbraban, y cada día su llanto corría más abundante.

Afuera, Cain erraba en el peligro y la crudeza de la noche. La choza se le hacía insostenible, porque allí constantemente el recuerdo de su hermano flotaba. Sus noches se asemejaban á las de su madre solo que el ignoraba el consuelo de las lágrimas.

Desde que la masa abatió la cabeza fraterna, algo había entrado dentro de él que ningún esfuerzo lograba arrancar. Vivía en una constante inquietud y



Srta. Maria de Jesús Magaña
(DE GUADALAJARA)

De Guadalajara nos vienen siempre las alas. Esa linda Capital es un nido de predestinaciones artísticas.

De allá nos vino—aunque ahí no nació—Gustavo Bernal, quien, el año entrante debutará probablemente en el primer teatro del mundo: en la

á los sollozos de su madre, reproche que resonaba á toda hora en sus oídos, prefería el resoplido del León ó la silueta amenazadora del Elefante primitivo.

Así, los tiempos pasaron y Eva comenzó á inquietarse por Cain. Cuando la tempestad empapaba las pieles y hacía temblar las piedras de la choza, ella buscaba con la vista al que afuera, con los cabellos al aire y el alma á la desesperación rondaba sin cansancio; le buscaba secando las lágrimas que sabía le eran amargas y saliendo llamaba: Cain! Cain! y de lo profundo de la noche el eco le devolvía su grito prolongado Ca... in! Ca... in!

Si este llegaba, ella lo miraba fijamente y sentía que otra vez el llanto la ahogaba. Cain estaba flaco, encorvado, envejecido. Su rostro tenía el gesto de rebelión que pasaba por los ojos de Adán en los momentos más duros, tenía ese mismo gesto, pero al mismo tiempo, todo él dejaba ver una inmensa fatiga, un inmenso abatimiento, un inmenso espanto. Los días le parecían bien largos pero no podía tolerar las noches y cuando su madre lo llamaba, solo unos cuantos momentos lograba tenerlo quieto; cesada la tormenta, de nuevo volvía á su constante errar y Eva que mucho lloraba por el muerto, comenzaba á preocuparse hondamente por el vivo.

Y era que había tenido singular sueño. Había visto á su hijo Abel, sonriente, hermoso, á la derecha del Creador. Lo había visto rogando por ella, por Adán, por sus descendientes, y había visto el gesto de condenación que siguiera al nombre de Cain. El muerto era feliz, había alcanzado lo que ellos habían perdido, mientras que el otro era el réprobo, el abandonado para toda la eternidad. Lo vio errando siempre, tal como erraba ahora, condenado á llevar su tormento después de esta vida más cruelmente aun de lo que ya lo llevaba. Lo vio expulsado, maltratado él y los hijos que de él nacieran. Y ella, culpable, sintió debilidad por el culpable, ella que había sido tentada, lloró por la falta del tentado: se sintió la madre del maldito, del pária sin goce ni descanso, y sintió que su pecho se cerraba y que sus brazos querían abrirse para acogerlo. La madre del que nada ni nadie tendría, del que nadie llamaría ni alcanzaría nunca el perdón, comenzó á sentir algo como piedad.

Una gran lucha empezó entonces para Eva. Para ella sabía encontrar Abel, todas las caricias y todas las ternuras, para ella buscaba las aguas más claras y las frutas más ricas, para ella reía tratando de apartarle el llanto.

La vista de Cain le era repulsiva, porque comprendía que él odiaba lo que ella había amado tanto; agradecer al mayor, tenerlo á su lado, se le figuraba una ingratitud, una falta para con el muerto, y de ahí sus luchas y sus zozobras.

Efectivamente Cain sufría, Cain sufriría eternamente, y Cain necesitaba una palabra de consuelo, un refugio. ¿Pero es que el otro no velaba en la sombra, contento, amoroso al ver el lugar que en el corazón de la madre conservaba, y al ver correr el llanto?

Y cada día la lucha recomenzaba. Ella veía al predilecto tendido en la llanura, medio roído, y oía los pasos del mayor inquieto siempre, hosco, oprimido por ese peso que llevaba dentro, grande y doloroso como

Scala de Milán, gracias á los buenos oficios de Jesús Contreras, que lo protegió de la manera más decidida y generosa para que hiciese su viaje á Italia.

María de Jesús Magaña nació en Guadalajara y lleva en su espíritu un poderoso fermento de arte. Casi niña, á pesar de su desarrollo físico que hace pensar en la exuberancia y lozanía con que en el trópico se dan las flores y las mujeres, desconocida aún en su tierra, donde ha cantado bien poco, vino á demandar á la métrópoli un puesto en el Cenáculo y ese puesto le será sin duda concedido; porque para abrir todas las puertas tiene la mágica llave de su garganta.

Su voz es de un poder y de un encanto poco comunes y de una espontaneidad admirable.

Y hay sobre todo un firme y abnegado amor al arte en esa alma de diez y seis años, tan intenso que nada bastará á quebrantarlo y tan impetuoso que de ahí han de surgir blancas alas amigas de todas las cimas.

Así sea pronto en bien del arte mexicano.

si la maza le golpeará constantemente el corazón; oía los rugidos feroces y temblaba por Cain, entrecerraba los ojos y veía el cuadro de la muerte de Abel.

La tarde caía, y en lo lejano, en el horizonte, al rededor del sol, una inmensa franja roja se extendía. Eva, con paso tardo, inquieta, avanzaba penosamente por la llanura. Sus ojos interrogaban unas veces al cielo y otras se extendían buscando algo á su alrededor. Al llegar al punto donde años atrás cayera Abel, se detuvo, se arrojó sintiendo de nuevo vacilaciones al recordar el cuadro.

Bajó la vista, oyó un rugido y vio á Cain, á Cain maldito y condenado por todas las generaciones y por todas las razas; lo vio eterno rondador sin amor ni acogida, y después de orar largamente clamó sollozando en el silencio de la noche:

"Señor! Señor! Perdón para Cain!

En el horizonte, el relámpago rasgó la franja rojiza.

BERNARDO COUTO CASTILLO.

Abril de 1898.

EN LAS RUINAS DE UNA ABADIA

[VICTOR HUGO]

¡Solos y con el alma satisfecha
Amándose los dos!
¡Cómo la primavera se cosecha
Cuando la siembra Dios!
¡Qué risas tan alegres y tan francas,
Bajo esas galerías
Donde hubo en otro tiempo tocas blancas,
Frentes y almas sombrías!
Son dos enamorados corazones
Que á la ventura van,
Y se envían las castas expresiones
De su amoroso afán.
Aleteos mezclados en el viento
Que gime entre la nave;
Dulces ecos que va el negro convento
Guardando en su arquivado.
¡Mojójanse las flores amarillas
Sobre la fría losa,
En donde la abadesa de rodillas
Rezaba fervorosa.
Y las tumbas por cruces señaladas
prestan su sombra amiga
A este juego, sus piedras ya escaladas
Por la implacable ortiga.
Ellos en tanto rien sin reproche.
Van y vienen sin tino,
Y ven tu aurora, amor, entre la noche
Del claustro bizantino.
Y se buscan, se abrazan á porfia
Se aman con afán loco,
Y vuelven á abrazarse... y todavía
Presumen que es muy poco.
Bajo las sombras de las altas naves
Que hasta la torre llegan:
Esta es la eterna historia de las aves
Que en los árboles juegan.

MARTÍ-MIQUEL

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 3.

Casi todas las bailadoras eran de las casas de campo y como vivían lejos de la aldea, escapaban fácilmente á la vigilancia pastoral. Como no se confesaban sino una vez al año, consideraban con razón que de Pentecostés á la Pascua hay un buen espacio de tiempo, y que les quedaban algunos meses del año para arrepentirse.

Entre las más entusiasmadas era de notarse á Clarisa Pitois que aunque todavía no contaba diez y seis años, parecía de veinte, según se le habían desarrollado las formas dándole la apariencia de una mujer. Su corsé reventaba, su talle esbelto se redondeaba con curvas tentadoras. Desafiando á las malas lenguas estaba con la cabeza descubierta, mostrando atrevidamente la cascada de sus cabellos blondos que el peine dominaba con trabajo sujetando los rizos rebeldes que caían en desorden sobre los ojos claros y lucientes, haciendo resaltar la nariz remangada y la boca sensualmente entreabierta con dientes blancos vendiendo salud.

Marcial, pasándole las dos manos al rededor del talle bailaba con ella y la estrechaba con ardor y la hacía girar tan fuertemente, que la falda roja de algodón, levantándose á cada instante, descubría las robustas y sólidas pantorrillas, calzadas con medias azules, de la bailadora.

Interesada y azuzada por la curiosidad, Germana les veía valsar, y el girar rítmico de los dos cuerpos enlazados que no parecían más que uno, la embriagaba y la enfurecía al mismo tiempo. Sus párpados se cerraban púdicamente y luego se abrían otra vez, bajo el poder de una atracción secreta.

¡Eso, eso era el baile condenado por la iglesia y colocado en el número de las diversiones más pecaminosas!

Ante el espectáculo de las libertades que se permitía el Chino estrechando á Clarisa contra su pecho, la joven estaba más conmovida aún que escandalizada, y sus ojos no podían apartarse de la pareja. Ella observaba que Marcial tenía quien sabe qué de más viril en la fisonomía y en la apostura; sus espaldas se habían ensanchado, sus brazos se habían puesto más vigorosos y un bozo naciente sombreaba ya su labio superior. Germana seguía con avidez los movimientos de esos dos bailarines, y notaba el cadencioso balanceo del cuerpo de Clarisa esbelto ágil y bien conformado; y aunque se reprochaba en lo íntimo sus íntimas tentaciones, deseaba ser arrebatada á su vez por esos brazos musculosos y que la oprimieran columpiándola rítmicamente en el giro embriagador del vals. En este momento sus ojos se encontraron con los del Chino y se ruborizó, trastornada con la idea de que podía haber leído en sus ojos el deseo reprensible que la agitaba.

Terminado el vals los músicos preludiaron una cuadrilla y todos los muchachos se lanzaron á sacar á sus parejas. De repente Germana vió ante sí á Marcial que la saludaba con afecto.

—¡Cuánto tiempo sin verte! Me alegro de que hayas venido á la romería y pienso que estarás dispuesta á divertirme puesto que te veo en el baile.

—Oh! respondió ella, feliz y confusa á la vez, vine no más á ver.

—Bah! Es mejor que goces como las demás. ¿Quieres bailar conmigo?

—¿En qué piensas, Marcial? Eso no debe hacerse.

—Vamos, insistió él, cariñoso, no me desaires.

Germana se sentía halagada porque el Chino había pensado en ella, pero se puso á temblar pensando en que era un enorme pecado lo que se la proponía.

—Gracias, contestó. Me dá vergüenza.

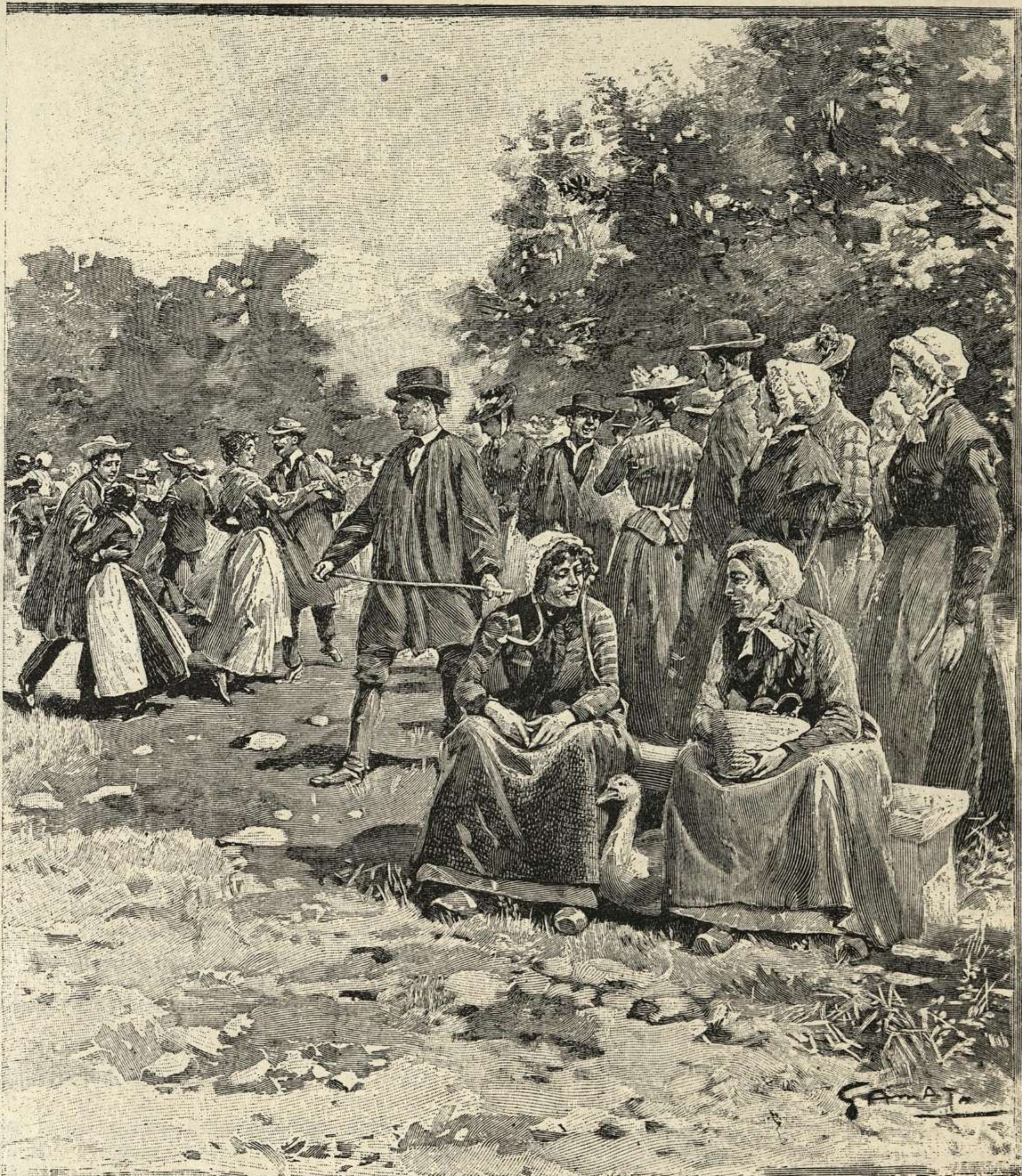
—¿Y por qué? interrumpió la señora Boucheseiche que estaba encantada con el baile. Puesto que Marcial te invita, debes aceptar.

—Pero si no he bailado nunca.

—Alguna vez había de ser la primera. Esto es tan fácil como dar los buenos días. vamos.

—Sí, repitió la señora Boucheseiche, decidete.

Mitad de grado y mitad por fuerza, el Chino se llevó á Germana entre los bailarines. Desde la



segunda figura Germana se aturdió y lo enredaba todo en la cuadrilla, sobre todo, mortificada al observar por todos lados miradas burlescas.

Marcial á despecho de su buena voluntad empezaba á lamentar haber elegido tal compañera, y para disimular sonreía pero su sonrisa era forzada. Germana notándolo, sufría y se detuvo de pronto, y pálida y con ojos suplicantes, dijo:

—Marcial, te advertí que no sé bailar. No quiero seguir poniéndote en ridículo; déjame sentar.

Esta vez Marcial no insistió, y Germana se fué entre las burlas y risas de todos.

Atravesó rápidamente la rotonda y se refugió en una de las sendas más solitarias, ocultándose detrás de los árboles. Sofocada de vergüenza, con la conciencia inquieta por haber pecado y el sentimiento de su desgracia, se dejó caer en la yerba y hundió la cabeza entre sus manos. Menos cruelmente la torturaba su propia pena que la mortificación causada á Marcial, que estaría ya arrepentido de haberla sacado á bailar y acaso hasta le guardaba rencor. Esta idea era el castigo peor de su falta: le parecía como que estaba más sola que nunca en la tierra, y pensaba en que Dios mismo la había abandonado, y se puso á llorar mientras la música lanzaba sus acordes regocijados y mientras bailarines y bailadoras con creciente animación reían y gritaban.

V

Despuntaba un día de Septiembre. El sol no había salido ni había esperanzas de que luciera porque estaba nublado; y bajó un leve vapor de

finísima lluvia, la selva silenciosa dormía. Ni murmurar de hojas ni piar de pajarillos: se podía pensar que animales y plantas, previendo un mal día hubieran resuelto no despertarse.

De pronto, en lo profundo de los tallares se levantó un ruido, primero como de ráfaga de viento, y luego, como si una tropa de ciervos viniera huyendo de perros y cazadores.

Este tumulto crecía como el de un torrente que llega; y bruscamente, entre los árboles, apareció un joven con la cabeza descubierta y la blusa desgarrada, saltó por el sendero enlodado corrió sin detenerse hasta el patio de la casa Vincart, empujó la puerta y penetró desalado hasta la cocina.

La Buena, sorprendida le vió llegar y le dijo: —¡Cómo! ¿Eres tú, Chino, de donde vienes á esta hora?

—Apresúrense á cerrar la puerta y á pasar el cerrojo si no soy perdido. Los guardas vienen pisándome los talones.

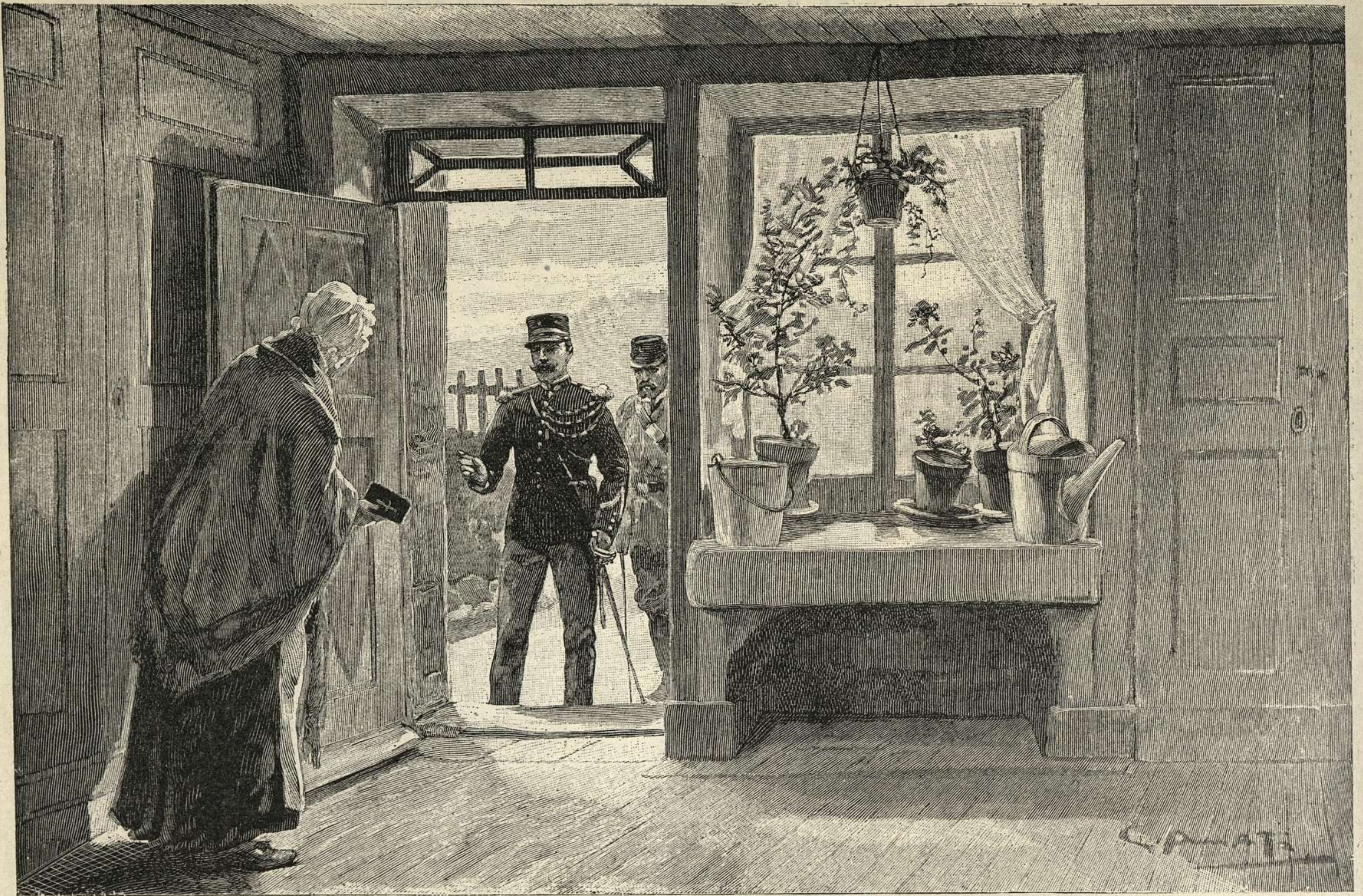
—¡Santa Madre de Dios! gritó Germana que entraba en ese momento en la cocina.

Pronta á salir como de costumbre para la primera misa, estaba peinada y con su devocionario en la mano. Despavorida y temiendo una nueva travesura del Chino, empezó á temblar y se apoyó contra el aparador.

—Los guardas! exclamó: pobre Marcial ¿qué les has hecho?

—De pronto, escóndame en algún lugar donde no pueda ser visto desde afuera.

—Entra en mi cuarto, dijo la Buena; allí no es fácil que se te descubran.



Ya en la habitación de la madre Aubriot que tenía vista para el jardín y adonde le siguieron las dos mujeres, el Chino respiró y contó su aventura.

—Anoche puse unas trampas en el manantial de la Germinelle y estaba seguro de que nadie me había visto, porque la obscuridad era profunda. Hoy temprano volví y hallé un cervatillo que cayó en el lazo al ir á beber agua. ¡Buen negocio! Cargaba ya mi res, cuando he aquí que el Brigadier Jacquel y su guarda Girardot me caen de improviso. . . . Yo no me atonté; y arrojando mi cervatillo á la cara del Brigadier y dando en tierra con el guarda de un empujón, arranqué á correr. Pero no bien se repusieron corrieron también y como yo sentía que estaban bastante cerca, tomé para despistarlos, la dirección de esta casa. Perdóname Germana; no tenía yo donde escoger, á no ser que hubiera entrado á casa de los Boucheseiche que me habrían vendido.

—Dios mío! dijo Germana. ¿Serás pues incorregible? En fin: no son estos momentos de sermonear. Estate aquí tranquilo, y la Buena y yo vamos á recibir, si vienen, á los guardas. En último caso, si no podemos evitar que entren aquí saltarán por la ventana y ganarán la selva.

En esto se oyó llamar á la puerta de la cocina. La madre Aubriot pasó primero; y para dar tiempo á la niña de reponerse, comenzó á hablar sin correr el cerrojo.

—Quién va? preguntó lentamente, quién está allí?

—El Brigadier Jacquot, contestó desde afuera una voz: y vengo á intimar á ustedes á fin de que se abra á los Agentes de la Administración de Bosques.

Otros dos golpes sonaron en la puerta, que la Buena se decidió á entreabrir.

¡Vaya una prisa! exclamó atrevidamente. ¿Qué quieren ustedes? Se está incendiando la selva?

La puerta, violentamente empujada, dió paso á los guardas, jadeantes aun, y entonces el brigadier observó á la jorobadita que le veía con sus grandes ojos asombrados.

—Dispense usted señorita, dijo Jacquot quitándose el kepi. Estamos en persecución de un cazador furtivo y tenemos la creencia de que se ha ocultado aquí.

—¿Aquí, aquí? replicó la Buena con audacia. Esta casa no es posada donde todos entran á cualquier hora. ¿Está usted bobo, brigadier?

—No afirmo, contestó el brigadier irritado: Girardot y yo hemos visto huellas frescas que acaban junto al corredor de ustedes, y estamos en facultad de suponer que el prófugo está aquí.

—Puede! dijo la madre Aubriot. Se habrá colado por algún agujero de ratón ó por el cañón de la chimenea, porque las puertas estaban cerradas y á menos que se haya vuelto murciélago, no comprendo como haya podido entrar.

—Lo que es seguro es que entró hasta el pátio, afirmó Girardot.

—¿Y eso que prueba? Pudo entrar en el patio y por encima del pozo pasar á casa de los Boucheseiche. Por otra parte, agregó con aplomo, si dudan ustedes, no tienen más que registrar la casa de la cueva al granero; y si encuentran á su hombre, me comprometo á buscar y obsequiarles el mirlo blanco.

Los guarda bosques quedaron perplejos. Luego el brigadier dijo á Germana:

—Señorita Vincart; no haremos á usted la ofensa de registrar su casa, y fiamos en la palabra de usted. ¿Es cierto lo que dijo esta mujer?

Germana se vió sometida á una ruda prueba: piadosa y honrada odiaba la mentira y se encontró entre la espada y la pared. Pensó en el calabozo donde meterían á Marcial si le delataba, y pidiendo perdón á Dios, dijo con voz serena:

—No he visto á nadie, señores: la puerta no se ha abierto más que para dar paso á ustedes, en el momento en que iba yo á salir para la iglesia.

—Basta. El bribón habrá hecho una cueva en el bosque y se habrá enterrado. Ya le descubriremos. Perdona usted el disgusto, Señorita.

Y los guardas se fueron, y en el acto las dos mujeres corrieron el cerrojo y acudieron á ver al delincuente.

—Partieron, dijo Germana, y espero que no regresarán; tú vas á estar todavía algún tiempo con nosotras, y luego escaparás por el jardín.

Marcial, angustiado por el susto sufrido, comprendió todo el valor del servicio; y muy conmovido tomó las manecitas de la jorobada y las estrechó con efusión.

—Gracias, Germana: no sé cómo podría recomendarle lo que has hecho por mí.

—Marcial, contestó seria y conmovida la jorobada. Tienes un medio fácil de mostrarme tu reconocimiento: corrígete. Acabo, para alejar á los guardas, de decir una mentira y esa es la prueba

más grande de amistad que podía darte, pues he cargado mi conciencia con un pecado mortal. Pero no siempre estaré á tu lado para salvarte, y más peligrosas desde que los guardas tienen ya los ojos sobre tí. Yo te lo ruego: no vuelvas á empezar.

—De fijo que si me atrapan no me soltarán y tendré que renunciar por algún tiempo á lo prohibido: pero estar en el bosque y no cazar, es muy duro. A veces pienso que si cambiara de aires cambiaría de género de vida y hasta me viene un propósito halagador. Voy á rumiarlo bien y luego te lo diré y pienso quedarás contenta de mí.

—¡Que Dios te oiga, Marcial! Pero la Buena ha estado trabajando toda la noche y debe tener hambre. Vamos hacer que almuerce.

Se desayunaron alegremente con jamón, tortilla y vino, y á poco el Chino se despidió y salió por el jardín. Germana lo siguió con la vista hasta que desapareció en el bosque y luego fué á la iglesia y terminada la misa, se arrodilló temblando junto al confesionario y se acusó de su mentira.

La aventura del Chino ocultándose en la casa de la Vincart, permaneció secreta y sirvió á Germana para alimentar el culto de sus recuerdos durante semanas enteras.

Las palabras enigmáticas que le había dicho sobre sus ideas de cambiar de aires la inquietaban, y ansiaba que llegara el día de la prometida explicación.

No esperó mucho tiempo. Un domingo se presentó Marcial en su casa después de la misa mayor, muy vestido de limpio y muy alegre, con su bigote oscuro empezando á nacer sobre el labio sonriente, sus cabellos castaños naturalmente rizados, sus ojos traviosos y sus mejillas frescas. Al lado de este mocetón despabilado y de apostura resuelta, la jorobadita aparecía más fea y delicada que de costumbre.

—Buenos días, Germana. Quisiera decirte algo.

Muy conmovida lo llevó al jardín y cuando se sentaron bajo el bosquecillo de avellanos, dijo Marcial:

—La última vez que nos vimos, te conté que rumiaba un plan y te prometí que lo sabrías la primera. Pues bien: hace ya tiempo, mi situación es insostenible, los gendarmes me miran de través y los guarda-bosques no me perdonan el caso del cervatillo, y no puedo dar un paso sin ver á

unos y otros sobre mis huellas. En consecuencia, he pensado que dentro de dos años me llegará mi tiempo de servir á la patria; que tarde o temprano tengo que tomar el fusil; y que puesto que ello ha de ser, más vale que sea ahora y no después. Esto me obligará á cambiar de aires; y dentro de tres años regreso á fabricar zuecos... y en paz. Con estas ideas fuí á Langres y me enganché para el batallón 112° de infantería que está de guarnición en Troyes... y esto es lo que quería decirte. ¿qué te parece?

La jorobadita permaneció silenciosa y bajó los ojos para que no se viera que estaban húmedos. Esta imprevista resolución la sorprendía y le apretaba el corazón, pero no dejaba de comprender que era razonable; y violentándose para no romper á llorar, respondió con dulzura:

—Eres un bravo chico, Marcial, y has pensado bien. Tres años es un tiempo largo, pero al fin pasará. Solamente que... ¿y si no vuelves más?

—No hay cuidado; amo mis bosques más que los cuarteles. No tengo ganas de verme en la cárcel, y en estos momentos ya esa lumbre me llega donde quema; pero en tres años ya habrá corrido agua bajo el puente; Jacquot y Girardot tendrán su remplazo y me habrá olvidado todo el mundo.

—No todos, Marcial: No faltará quien piense en tí y te tenga presente en sus plegarias. ¿Cuándo te vas?

—El sábado deberé llegar á Langres, pero no partiré sin decirte adios.

—No, replicó ella tímidamente; es preciso que no vuelvas por aquí; los Boucheseiche te han visto hoy y si regresas, ya tendrán de qué murmurar. Más vale que nos veamos en otra parte. El sábado iré tempranito á la Capilla de Santa Clara y allí podremos conversar tranquilamente.

—Como te parezca, dijo el Chino, y dió por terminada su visita.

El sábado al amanecer, Germana se dirigió al sitio en que las ruinas de la Capilla de Santa Clara limitaban el bosque de Montavoire. La mañana era fresca y brumosa; pero detrás de la niebla, muy altas, en el cielo, se distinguían transparencias azules. Cuando la joven alcanzó la cima de la colina; los vapores se desgarraban ya y dejaban pasar largas ráfagas de sol sobre el arbolado.

Germana se sentó en una piedra. A causa de la frescura matinal se envolvió en una capa cuyos pliegues le disimulaban la joroba; su carita pálida y expresiva se destacaba sobre lo negro de su traje, y las clemátides silvestres y los tilos formaban en torno suyo una especie de nicho verde.

En medio de las ruinas, entre la penumbra vaporosa, Germana tenía el místico y vago aspecto de la Santa aparecida allí en otro tiempo. Al rededor, las brisas de Otoño hacían caer las hojas muertas..

De pronto, el corazón de la niña latió fuertemente. Marcial acababa de desembocar en un sendero, y cortando el camino de Vivey se dirigió á Santa Clara. Durante un momento desapareció en los repliegues de la vertiente, pero luego se le vió emerger de nuevo y avanzar alegremente en un claro de sol. Algunos segundos después estaba al lado de su amiga.

—Buenos días, Germana, dijo: aquí estoy ya listo y equipado para el viaje. No voy muy elegante que digamos, pero como el gobierno me va á dar ropa nueva, dejé lo mejorcito en casa para los chicos.

—Pobre Marcial! exclamó Germana aproximándose. ¡Qué dura te va á parecer al principio la vida de cuartel, lejos de tu país y de los tuyos!

—No digo que no: algo me ha de impresionar verme en la cuadra; pero á todo se acostumbra uno y hasta pienso que me va á ser grata la vida militar.

—Y si vas á la guerra? suspiró ella. . . .

Al mismo tiempo sus labios se crisparon dolorosamente, y sus ojos empezaron á parpadear con rapidez.

—Bah! No tendré mucho embarazo para servirme del fusil. La guerra es una cacería como cualquiera otra; y ya que por cazador estoy así. .

Luego añadió conmovido:

—Cuando esté yo allá abajo, Germana, te recomiendo á la madre Seurrot y á los chiquillos. Tú les has sido muy benéfica; y si me voy seguro de que no les dejarás perecer, me habituaré mejor á mi oficio de soldado.

—Ve tranquilo, pues nada les faltará.

—Gracias: tu eres muy buena; y aunque nada



valgo, siempre has sido una gran amiga para conmigo.

—Si, contestó la niña con voz insegura: mi amistad comenzó aquí mismo cuando me defendiste contra la crueldad de los Boucheseiche y de Clarisa, y por eso quise venir á despedirme cerca de esta capilla donde por primera vez me demostraste tu afecto. . . . Oye, Marcial. . . Prométeme una cosa. . .

Y sacó con mano trémula de su seno una medallita de plata pendiente de un cordón de seda.

—Mira, dijo, esta medalla fué bendita en Fourvières. . . Prométeme llevarla siempre al cuello.

—Si eso puede serte grato, lo haré.

Y tomó el regalo de la niña y lo hizo saltar sobre su mano.

—Será gracioso deveras un soldado con su medallita en el pecho! . . . No importa: te juro no dejar nunca de llevarla.

Después agregó con tristeza.

—Ahora Germana, mira el sol que ya sale y tengo aun seis leguas delante de mí. Adios. . . . ¿quieres que te dé yo un beso?

—Si, Marcial.

Y le presentó sus mejillas teñidas de castísimo rubor.

Marcial le tomó las dos manos; posó sus labios sobre la carita ardiente de la pobre criatura que temblaba, y luego dijo tomando su bastón:

—Adios, Germana, esto me augura dichas para el porvenir.

Giró luego vivamente sobre sus talones y se precipitó por el sendero que baja al valle.

Germana tendiendo el cuello y con ojos anhelantes acechaba el momento en que debía aparecer el Chino bajo la colina. Se le vió después atravesar el puente de Vivey, y entrar al fin en el camino de Langres. Esperaba aún que Marcial se volvería para enviarle una última señal de despedida, pero no pasó así y la silueta del joven se desvaneció entre la sombra de los árboles.

Entonces Germana se dejó caer sobre los escombros de la capilla y se envolvió toda trémula entre los pliegues de su capa. Le pareció que de improviso el sol se había velado y que una densa bruma cubría los campos. . . . Ay! el sol brillaba claro y bello como nunca, y eran las lágrimas de la niña las que ponían una niebla desolada entre ella y la selva empurpurada por el Otoño.

SEGUNDA PARTE

I

Hacia ya más de dos años que Marcial había partido y Germana entraba entonces en los diez y nueve de su edad. Aunque su talle no se había casi desarrollado, el paso de la adolescencia á la juventud se había marcado en ella por notables modificaciones. Los rasgos de su fisonomía te-

nían un no se qué de firme y decidido; súbitos rubores teñían sus mejillas y daban más animación á su rostro virginal; sus ojos de pupilas negras que hasta hacia poco se iluminaban con cándido asombro, iban perdiendo algo de su inmuable y tranquila limpidéz. Misteriosos arrobamientos les invadían por intervalos, y otras veces ardían en ellos llamaradas como relampagueos sobre el agua soñolienta de un estanque.

Su sensibilidad había aumentado lo mismo que la vivacidad de su imaginación; y aunque vivía en un medio positivista y poco culto, su inteligencia se había refinado. En el dominio de las verdades morales y del ideal religioso, tenía intuiciones y adivinaciones que maravillaban á su confesor el cura Pechenart.

Pero por metamorfoseada que estuviera su alma de joven, un sentimiento le quedaba inalterable: la afección hacia Marcial Seurrot. Y sin embargo: esta afección se alimentaba en si misma, porque Marcial desde que partió casi no había dado noticias suyas. De tarde en tarde escribía á la madre Seurrot cartas que acababan así: «mis recuerdos á los buenos amigos.» De aquí tomaba Germana su parte, y esta frase banal le bastaba para encantarla con el miraje de dulces esperanzas.

Por otra parte, aunque Marcial hablara poco, á ella todo le hablaba de Marcial. Y hasta á las menores palabras de su despedida junto á la capilla, les daba una tierna significación una amistosa dulzura que acaso no tuvieron al ser pronunciadas. El espíritu soñador de Germana acabó por atribuir el Chino una solicitud y afectuosas intenciones por lo menos exageradas.

Ella lo poetisaba á distancia, y la selva con sus embriagueces primaverales, ó sus melancolías de invierno, la mantenía en esta deliciosa ilusión.

Esta joven de cuerpo enfermizo y alma ardiente era admiradora y entusiasta; acaso su defecto avivaba en ella el sentimiento de la belleza y la armonía de las cosas. En esta criatura tan delicada que parecía inmaterial, una sensualidad mística se desarrollaba inocentemente. Sentía éxtasis ante las florescencias de la selva y con infinita delectación acariciaba los tallos nacientes; y cuando bajo la nieve marchaba entre los troncos grises de los árboles, como entre las columnas de un templo, se penetraba de tan exaltado fervor que alarmaba á la madre Aubriot.

En la iglesia la encantaban las ceremonias ostentosas del culto: cuando había funciones solemnes y encabezaba á la congregación del Rosario, gozaba de un modo indecible.

Así pues, tanto las maravillas de la religión como los encantos del campo la exaltaban; y su alma pura abierta á todas las admiraciones, no establecía diferencias entre las fiestas del templo y las de la selva; y con un candor perfecto asociaba sin escrúpulos á estas emociones religiosas el recuerdo de Marcial.

Gracias pues á esta actividad mental, encontraba menos lento el transcurso del plazo que faltaba para que el Chino cumpliera su servicio.

A pesar de todo, el tiempo corría. . . De vez en cuando las campanas de la iglesia repicaban por unas bodas, y Germana veía á sus hermanas de Congregación irse casando de una en una, con esta sola excepción: Clarisa. Pero su celibato no tenía nada de edificante; su reputación era detestable y las gentes honradas la señalaban con el dedo. Las demás ya tenían marido y algunas iban á misa con el herederero en los brazos.

Germana las envidiaba, y una espina de pena le entraba en el corazón. Cuando asistía á una boda su soledad le parecía más triste, y con mirada melancólica contemplaba á los desposados pensando que también ella sería feliz apoyándose en el brazo de un marido ú oyendo en su casa, ahora tan vacía y silenciosa, los gritos de un chiquitín.

Entonces se angustiaba con el tormento de esta duda: ¿Volvería Marcial? ¿Y si volvía, se acordaría de ella? Su confianza en el porvenir disminuía y le entraban temores de morir soltera.

Sin embargo, se le había presentado un partido. Una tarde que tomaba el fresco en su jardín, Cadet Boucheseiche saltó la barda divisoria y llevando aparte á su sobrina le preguntó sin preámbulos si no había pensado en casarse. Germana presintiendo algún incidente desagradable, se puso en guardia.

—¿Por qué lo pregunta usted, tío?



—Pues por saberlo... Ya estás en edad de establecerte, y si acaso algún pretendiente me consulta sobre tus intenciones, quisiera yo saber que contestarle.

—Pues bien, tío: si le preguntan á usted sobre eso, responderá que no pienso en casarme. Y sin más ceremonia le volvió la espalda y entró en su habitación.

Por supuesto que Boucheseiche no se dió por derrotado; y suponiendo que la madre Aubriot tendría influencia sobre la muchacha, resolvió dirigirse á ella é inclinarla en su favor.

Una mañana estuvo aguardando el paso de la Buena y con voz confidencial le suplicó se sirviese concederle un rato de conversación.

—¿Qué me quiere usted? preguntó bruscamente la Buena Mujer, á quien el tono acaramelado del sacristán había puesto en desconfianza. ¿La señora de Boucheseiche está para tener otro niño?

—Oh! eso no sería de desear... La Buena siempre con sus chanzas... con sus amables y alegres chanzas! Hablemos en serio: se trata de nuestro borgoñés. Ya corre Vicente para sus veinte y dos años; entró en el sorteo y su servicio ha sido aplazado; si lo caso, ya podemos dormir tranquilos.

—Seguramente ¿y cuenta usted conmigo para buscarle mujer?

—Tal vez, porque usted es una persona muy discreta y puede ser gran apoyo para Vicente cerca de la persona en quien hemos pensado y que está muy ligada con usted.

—Oh sí! dijo irónicamente la Buena. ¿Y quién es esa persona tan ligada conmigo?

—Germana, mi sobrina.

—Germana! ¿Quiere usted casar á Germana con su hijo?

La indignación de la Buena irritó al sacristán.

—Es inútil gritar como una galina que ha visto al gavilán, gruñó Boucheseiche. Mi Vicente es un guapo mozo, tiene un oficio, nuestras tierras colindan con las de Germana y el matrimonio sería conveniente bajo todos puntos de vista.

—Si no he comprendido mal, lo que usted quiere es casar las tierras de Germana con las de usted. En cuanto á saber si los jóvenes se agradan, es lo de menos. ¿O va usted á sostenerme que su borgoñés está enamorado de la chica?

—Vicente sería un buen marido, y Germana no lo puede querer mejor.

—¿Eso piensa usted? Pues bueno: si usted cuenta conmigo para arreglar esa boda, ya habrá tiempo de morderse un codo, mi pobre amigo. Germana es mucha miel para esa boca.

—Se diría que es una princesa! Con su talle como lo tiene ¡ya habrá tiempo de encontrar marido!

—¡Déjela usted! Así y todo vale mucho más que Vicente, grosero como la lija y bruto como la piedra.

—Basta! dijo Boucheseiche jadeante y ahogado por la cólera. Es usted una insolente: he ahí lo que es usted. En cuanto á mi sobrina, ya veré al señor Cura para que le haga entrar en razón.

En efecto, esa misma tarde fué al curato y encontró al abad Péchenart refrescando las avenidas de su jardín y leyendo el breviario para descansar.

El sacerdote seco, alto, un poco inclinado aunque no contaba más de cincuenta años, tenía cara de pocos amigos. Sus dos ojos oscuros, relucían en una cara pálida señalada por las vi-
ruelas.

—Que hay, Boucheseiche? preguntó con el tono de quien no gusta de ser interrumpido en sus meditaciones.

El sacristán que conocía las maneras de su pastor, no se desconcertó y expuso con acento meloso el objeto de su visita. Desde que hizo alusión al proyecto de unión entre su primogénito y Germana, una sonrisa de piedad contrajo los labios finos del cura Péchenart.

—Qué me cuenta usted! interrumpió. No es Germana la mujer que conviene á su hijo de usted.

—¿Y por qué, Señor Cura? Desde el momento en que se presta á aceptarla tal como es...

—Tontería! Yo no ayudaré á unión tan deplorable.

—Sin embargo... si Germana...

—Germana no se casará. La Providencia la guarda para otros destinos. Ni una palabra más. Basta! Váyase usted, añadió con un tono imperioso que no admitía réplica.

Y Cadet Boucheseiche, desairado por la segunda vez se alejó contristado, en tanto que el Cura inclinado sobre su breviario, volvía á recorrer las avenidas de su jardín.

A pesar de los esfuerzos que hacía para concentrar su atención sobre el texto sagrado, el Cura Péchenart permanecía distraído y no podía dejar de pensar en la solicitud del sacristán. Mientras más lo reflexionaba, más necesario le parecía tratar del asunto con Germana, y decidió que al día siguiente se entendería con ella. Ese día, sábado, la joven debería, como de costumbre, ir á la iglesia para el aseo y compostura del altar de la Virgen. Cuando el Cura terminó la misa, se dirigió á la capilla del Rosario y allí encontró á Germana como lo había esperado.

Cuando la joven vio al sacerdote dirigirse á donde ella estaba, presintió que la iba á hablar de los propósitos de Cadet Boucheseiche, sobre los cuales ya la Buena le había hecho confidencias, y se puso intensamente pálida. Como agitada por un soplo misterioso tembló en su mano la rama de flores artificiales que iba á poner en el altar.

—Germana! murmuró el padre.

—Señor Cura...

—Deja un momento el trabajo: tengo que conversarte.

Ella obedeció y le siguió á la sacristía que atravesaron, pasando al jardín del curato. Mientras caminaban el cura contemplaba silencioso á la niña; y viéndola pálida y conmovida, se compadeció.

—Hija mía, le dijo dulcemente. Ayer vino Boucheseiche á hablar conmigo.

De pálida que estaba Germana se tornó lívida, y sus miradas expresaban la mayor ansiedad.

—Señor Cura, dijo. Ya sé con qué intenciones vino y no comprendo porque me persigue así...

—Te ha comunicado pues, sus proyectos? Bue-

na prisa tenía. Por tu aspecto adivino tu contestación.

—No lo quise oír hasta el fin, y le volví las espaldas.

—Como te lo presumías, tu negativa me valió su visita. Me pidió que interpusiera mi autoridad pastoral para decidirte al casamiento.

—¡Señor Cura: no se ponga usted de su parte, se lo suplico!

—No tengas cuidado. Lejos de alentarle le dije que renuncie á su proyecto.

—Gracias, gracias, señor!

—Obré así por dos razones: primero, porque supongo que los Boucheseiche al desear esta unión lo hacen no por cariño á tí sino por un impulso de feos cálculos de interés: luego, porque no creo que tengas vocación para el matrimonio.

Germana que se había sentido como aliviada de un gran peso, sintió nuevos cuidados y temores al oír esas últimas palabras; y el sacerdote que tenía fijadas en ella sus miradas penetrantes leyó en su cara una vaga decepción y dijo descorazonado y con acento duro:

—¿Me habré tal vez equivocado?

—Dios mío! Señor Cura, yo no sé: nunca me he puesto á pensar en eso.

—Pues es fuerza pensarlo, insistió el cura con un acento autoritario..... Escúchame: Ya no eres una chiquilla y se puede razonar contigo. Debes, según la expresión de la Santa Escritura, sondear tu corazón á fin de descubrir con la ayuda de Dios, cuál sea la resolución que has de tomar. Yo soy tu director espiritual y tengo obligación de guiarte en este exámen. Pues bien, hija mía, el estado delicado de tu salud no te hace apta para el cumplimiento de los deberes del matrimonio. Para hablar más claro, tu vocación no está por allí.

Germana lo escuchaba con una medrosa estupefacción, y sus grandes ojos levantados al cielo parecían buscar el fin á que la llamaba su vocación.

—Sí, continuó el sacerdote, la Providencia tiene miras más altas con respecto á tí. Yo te vengo estudiando desde tus más tiernos años; educada por una madre piadosa has tenido una piadosa infancia y, por una gracia especial, tu fervor no se ha entibiado cuando pasaste de la adolescencia á la juventud, sino que por el contrario se ha reconfortado y crecido á la sombra tutelar de nuestros santos tabernáculos. El Señor ha querido demostrar así de un modo palpable el camino hácia el cual se digna conducirte. Estás llamada por El, y no es por consiguiente con los lazos de un matrimonio profano como podrías cumplir la misión que te ha reservado, de renunciar á las alegrías deprimentes de los afectos carnales, convirtiéndote en una casta y pura esposa de Jesucristo.

El cura Péchenard estaba hablando con una emoción que no le era habitual; y arrebatada por esta palabra, á la vez insinuante y vigorosa, Germana sufrió apesar suyo el poder de aquella autoridad é inclinaba dulcemente la cabeza.

(Continuad.)



PAGINAS DE LA MODA



TOILETTE ELEGANTE

NOTAS PARA LAS DAMAS

LILAS EN INVIERNO.

Procedimientos: En el paraje mejor alumbrado de una cámara bien caliente, colóquese un vaso lleno de agua. Unas ramas de lilas cortadas muy oblicuamente con una longitud de 50 á 60 centímetros, se ponen en ese recipiente. Todas las semanas se renueva el agua, teniendo cuidado de servirse de preferencia de agua un poco tibia, con la cual se riega además las ramas. Manténgase esas ramas en su posición natural hasta donde es posible.

Cuanto más caliente está la atmósfera de la pieza y saturada de humedad, más rápida será la floración que, generalmente tendrá lugar después de tres ó cuatro semanas.

GALLINAS QUE PIERDEN SUS PLUMAS

A causa del invierno, las gallinas son susceptibles de perder sus plumas. Esto depende de la nutrición

forzosamente mala que reciben durante la mala estación.

Un periódico aconseja para oponerle á esas pérdidas de plumas, darles á los volátiles si se les mantiene encerrados, nabo cortado en finas partículas y en cantidad.

Es bueno hacer ingerir también á las gallinas un poco de aceite de recina.

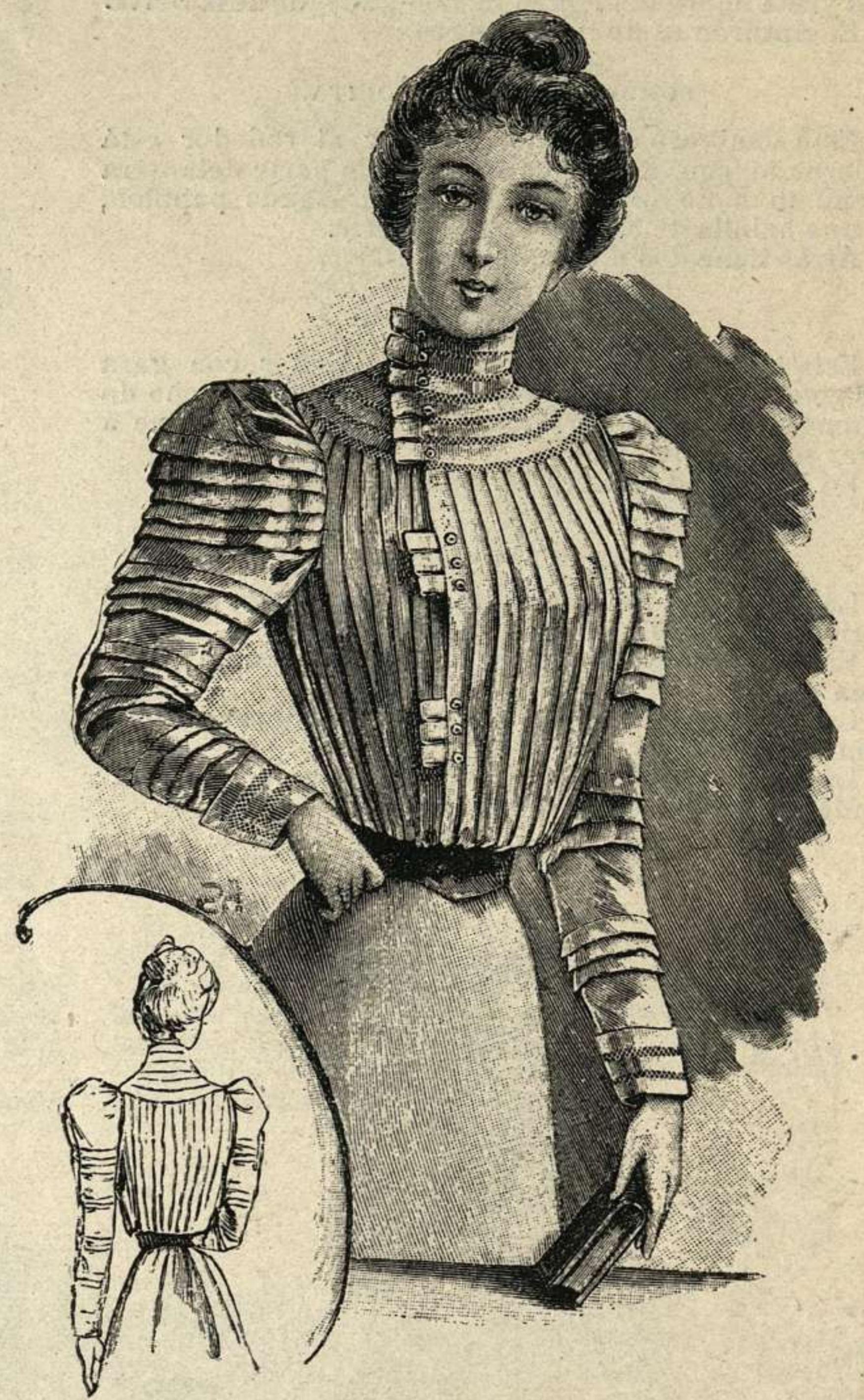
NUESTROS GRABADOS

TOILETTE ELEGANTE.

El paletot es entallado en la parte de atrás. En la parte delantera está abierto y lleva un peto de surah fruncido.

El cuello es médico y muy alto. La manga es angosta y en la parte superior lleva ocho vueltas de alforzas anchas.

La falda está adornada en la parte inferior con tres vueltas de nutria.



BLUSA PARA SEÑORITA

TRAJE MARINERO PARA NIÑAS.

Esta blusita es de género escocés, el cuello es ancho y volteado. El peto es de género rayado y lleva el cuello parado. La parte inferior del cuello es ancho y va adornado con un moño de listón.

En cada lado de la blusa lleva una tira de género blanco, y cada una de éstas está adornada con cuatro patitas atravesadas con un botón en cada punta de éstas.

El cinturón es de listón ancho y lleva un moño á un lado.

La manga es angosta, solo está adornada con un puño angosto del mismo género igual al del cuello.



TRAJE MARINERO PARA NIÑA

BLUSA PARA SEÑORITA.

Esta blusa es de género claro, y es hecha toda de alforzas anchas. La berta está adornada por un gabeado de hilo.

La manga también es hecha de alforzas y en la parte inferior tiene un puño ancho que voltea para encima y está adornada con el mismo gabeado de la Berta. El cinturón es de listón negro.

SOMBRERO PARA SEÑORITA.

Este sombrero es muy sencillo y al rededor está adornado con gasa boullonné. En la parte delantera tiene un moño de listón angosto, figurando papillón, y una hebilla de avalorio en el centro.

Atrás tiene dos plumas grandes.

TOCA PARA JÓVENES.

Esta toca está adornada toda al rededor con gasa de color. Sobre el lado izquierdo lleva un penacho de plumas, y sobre el derecho otro penacho, que viene a caer sobre el peinado.

En la parte delantera levanta un poco.

TOILETTE PARA CONCIERTO.

La blusa está toda cubierta con un encaje de abalorios figurando bolero.

El cuello es alto y a la orilla lleva un olán de muselina de seda.

La manga es angosta y también va adornada toda con encajes de avalorio.

La falda es toda tableada de arriba abajo, y va adornada con tres vueltas de abalorios.



SOMBRERO PARA SEÑORITA

TOCA PARA JÓVENES

TRAJE ESTILO SASTRE.

Este paletot está entallado en la parte de atrás, por delante va abierto. lleva tres solapas en la parte inferior y tiene tres botones en cada lado.

El chaleco está todo adornado con pasamanería.

La manga es angosta en la parte inferior, en la superior algo ancha.

TRAJE DE CASA PARA SEÑORA JOVEN.

Este traje de casa es elegante y sencillo, pues la berta es hecha de alforzas. En la parte inferior lleva un olán del mismo género adornado con un encaje ancho a la orilla.

El cuello es alto y lleva un olán de encaje que cae en rushe hasta el talle.

La manga es angosta, y en la parte inferior lleva un encaje.



TOILETTE PARA CONCIERTO



TRAJE ESTILO SASTRE



ULTIMOS MODELOS DE SOMBREROS PARA PRIMAVERA

BLUSA PALETOT.

Esta blusa paletot, está toda adornada con cadeni-
 lla de máquina y en el lado derecho tiene tres boto-
 nes grandes. Las solapas son anchas y cuadradas
 El cuello es Médicis, y la corbata de gaza, forman-
 do una rushe.
 El cinturón es de listón otomán. El delantero de la
 blusa cae sobre el cinturón figurando blusa mari-
 nera.

VESTIDO DE FOULARD.

Esta blusa de Foulard es sencilla y elegante.
 En la parte superior lleva dos olanes tableados del
 mismo género y están sujetos por un entredos de
 Guipure. Sobre el lado izquierdo y en el primer olán
 lleva un moño de listón.
 El cuello es alto y en la parte de atrás va adornado
 con un olán tableado figurando cuello Médicis

El cinturón es de listón de moiré y sobre el lado iz-
 quierdo lleva una roseta de este mismo listón.
 La manga es angosta, va enteramente plegada y en
 la parte inferior tiene un olán tableado llevando un
 entredos de Guipure.
 La falda está toda adornada con los entredoses de
 que hablamos más arriba.



TRAJE DE CASA PARA SEÑORA JOVEN



BLUSA DE PALETOT

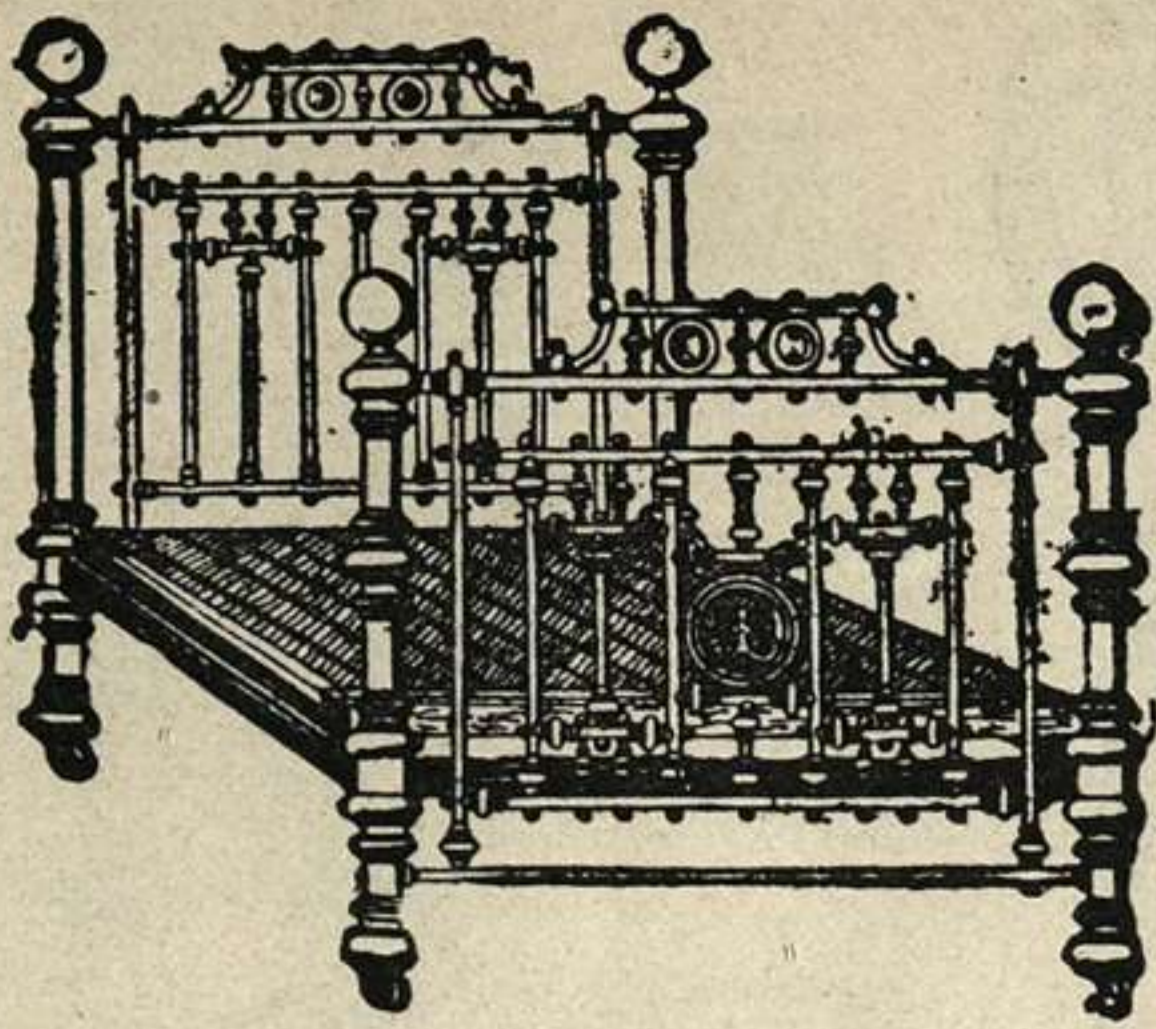


VESTIDO DE FOULARD

LOEB HERMANOS
CRISTALERIA
 ALCAICERIA N°210 APARTADO 503
 MEXICO

La Nueva Industria. Gran Fábrica de Camas, Caires, y Cunas de latón y hierro.
ESTILO INGLES GARANTIZANDO SU CONSTRUCCION.
ENGLISH SPOKEN ON PARLE FRANÇAIS

Caires de campaña con cabecera
 DE HIERRO
 De una vara por 2 y cuarto.....\$ 6.00
 Con 2 cabeceras de una vara por 2 y cuarto..... 8.00
Caires de Campaña
 De una vara de ancho..... 5.00
 Una docena.....54.00



Fábrica de colchones de alambre para toda clase de Camas.—De una vara de ancho, \$8.—De una vara y cuarto, \$6.—De una y media vara, \$6.50.—De una vara dos tercios, \$7.50.
 Hay gran variedad de dibujos, que los interesados pueden conocerlos pidiendo catálogos a los señores

ANASTASIO MESTAS Y CIA.

2º de la Monterilla núm. 11. México. Apartado Postal núm. 697

CABAL SALUD

Pueden alcanzarla todos aquellos que siguen el ejemplo de la Sra. Lizzie W. De Veau, del 262 15th St., Brooklyn, Nueva York, E. U. A.

“Por años, en todas las primaveras he padecido de dolores de cabeza inaguantables, acompañados de falta de actividad; de modo que la estación que anhelaba ver llegar era por mi temida, porque á medida que se presentaba el tiempo caliente y agradable sentía el cansancio y el dolor.



El boticario de quien me servía habíame conocido desde la niñez, y hubo de aconsejarme que tomara en la primavera la Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Así lo hice y desde que la probé no he experimentado ningún sintoma de dolor de cabeza; mi apetito es excelente y atiendo á todos mis quehaceres diarios con tal contentamiento y energía que me sorprenden.”

La Zarzaparrilla del Dr. AYER

HA CURADO Á OTROS Y LE CURARÁ Á USTED

VINO de SAN GERMAN

[SAINT GERMAIN]

No hay remedio tan agradable, tan seguro tan pronto.

Con su uso desaparece la anemia, raquitismo, parálisis ó senilidad. El Vino de SAN GERMAN destruye todas estas enfermedades que provienen de una debilidad parcial ó general del organismo. De todos los medicamentos es el único para curar rápidamente las enfermedades de la médula espinal, la extenuación y las enfermedades contagiosas, único que rejuvenece y prolonga la vida dando á la sangre fuerza nueva y nueva riqueza.



“Habiendo experimentado en algunos enfermos el **Vino de San German**, lo recomiendo como un buen tónico y reconstituyente.”

DR. RAFAEL LAVISTA

Subdirector y Profesor de Clínica Externa en la Escuela N. de Medicina de México

Se vende en todas las DROGUERIAS y BOTICAS.

EXCESO de GABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara, se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un completo tratamiento por correo y en cajas muy bien arregladas recibiendo seis pesos oro, lo que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas

The Monogram Co. No. 107 Pearl Str. NEW YORK

-THE MEXICAN COLUMBIA- PHONOGRAPH Co.

→ Fonógrafos, Grafófonos y toda clase de útiles para los mismos. ←

Grafófonos DESDE \$18.00 PARA ARRIBA

Fonógrafos

Y

Micro-Fonógrafos

A PRECIOS

sin competencia

TUBOS GRABADOS

Con música

CANTO,

DISCURSOS, ETC., ETC,

\$0.60 UNO

\$6.00 DOCENA

Tubos en limpio, listos para grabarse

\$4.00 DOCENA

HERNANDEZ HERMANOS, Gante 12 D. F

-PIDANSE-

Catálogos Ilustrados

El poseedor de un aparato de esta especie dispone en su propia casa de banda, orquesta, cantante, orador; en fin, puede él mismo tomar piezas de música ejecutadas en cualquier instrumento musical, ó bien cantados, trozos de oratoria voces queridas, etc

PAIN-KILLER
 (MATA-DOLOR.)
Un Remedio Externo é Interno.
PAIN-KILLER
 es un Remedio Seguro para las COLICAS, FIEBRES, COLICOS, DIARREAS, CALAMBRES, COLERA y todas las enfermedades de los intestinos. **PAIN-KILLER** es sin duda el MEJOR LIQUIDO FABRICADO. Dará pronto y permanente alivio en todas clases de CONTUSIONES, CORTADURAS, QUEMADURAS etc. De venta en todas las Droguerías y Boticas.



Los principales Dentistas y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **POLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

“Estimo su **SOZODONTE** como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputación internacional.”

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes. Pedid por tarjeta postal “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. **HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.**